



VIAGE Á ITALIA. (I)

(Continuacion.)



La Fornarina de Rafael.—Vistas y paisajes de Florencia.

V.

ISLAS BORROMEAS.—VENECIA.

Dejemos á Milan pues que nos es forzoso seguir el curso de nuestro rápido viage; á Milan, la ciudad franca, abierta, hospitalaria por esceiencia, en donde se aprende á co-

(1) Véase el número anterior.

25 de Julio de 1851.

nocer todas las buenas cualidades del carácter italiano, tan poco conocido y tan calumniado en el extranjero, porque se le juzga por algunas raras é indignas escepciones. Pero antes de despedirnos de la Lombardia, ¿no dedicaremos un día ó dos á visitar las islas Borromeas, comparables á las islas Afortunadas de los antiguos? Si nos preguntais qué son esas islas, os responderemos: figuraos unos lagos puros

TOMO IX. 19

como el cielo, coronados de viñas en forma de anfiteatro, cestas flotantes de flores, terraplenes entapizados con jazmines, naranjos y granados, palacios de mármol ocultos entre el verdor, un viage por entre los perfumes, mármoles, flores y laureles. Una de las islas se llama la *Hermosa*. ¿Cuál es la mas bonita? ¿a cuál de las tres puede concederse la palma, sin herir á las otras hermanas justamente célebres?... Juan Pablo, ilustre visionario, poeta fantástico por excelencia, ha creído describir estas islas sin haberlas visto, como Platon ha pintado los campos Eliseos, solo siguiendo las inspiraciones de su imaginacion. Pero ha procurado acumular en ellas las tintas mas vivas, las maravillas del arte, y todos los encantos de la naturaleza: cuando se visitan esas islas, se reconoce que todavia son superiores á la descripcion del poeta: ¿qué mas puede decirse en su alabanza?...

Ahora nos aguarda, Venecia, otra maravilla diferente de las que hasta aqui hemos admirado y que no han podido echar á perder tantas relaciones, poemas y estrofas. En el camino se encuentran muchas ciudades célebres, pero solo las visitaremos de paso. No nos cansaremos de repetir, que en Italia no puede verse todo en un solo viage, y que hay muchas cosas que es preciso dejar para una segunda peregrinacion. Asi es, que solo veremos de paso á Mántua, patria de Virgilio, en donde no se encuentra ni aun un sencillo monumento elevado á la memoria del poeta, pero en donde en cambio se admiran las mejores cosas que ha dejado Julio Romano, discípulo de Rafael, que tal vez seria el primer pintor del mundo, si no hubiese existido su maestro. Tampoco nos detendremos mucho mas en Verona, patria de Romeo y Julieta, en donde se ven algunos hermosos restos de antigüedades. Apenas tendremos tiempo de visitar en Vicencio el curioso teatro que Paladio hizo construir segun el modelo de los teatros griegos, sin el cual seria muy difícil comprender como se ponian en escena las tragedias de Eschyles y Sofocles. Pádua no nos detendrá tampoco mucho, porque la ciudad no tiene en si nada curioso, y nuestro modo de viajar no nos permite examinar con profundidad, lo que su universidad, tan célebre en toda Italia, pueda tener de interesante á los ojos de los doctos.

Mas hé aqui que ya hemos llegado al canal del Brenta, que debe conducirnos directamente á Venecia. El buque que nos trasporta se llama el *Bucentauro*, que como ya pueden figurarse nuestros lectores, no es mas que el muy indigno nieto de la otra nave del mismo nombre que en otro tiempo servia para recibir á su bordo á los duxes. Este buque se compone de un camarote pequeño, seguido de una cámara con colgaduras negras, una mesa, y bancos forrados de badana. Esto pos da ya idea de lo interior de la mayor parte de las góndolas, que bien pronto se deteriorian con el agua del mar, si para su adorno no se hubiesen elegido colores oscuros. El *Bucentauro* nos puso rápidamente á vista de Venecia, y solo tuvimos que convencernos por nuestros propios ojos de cuanto se cuenta de esta sorprendente ciudad, superior ó inferior á la realidad.

Mas es preciso hablar con franqueza: muchos viajeros al entrar en Venecia, no quedan tan sorprendidos como esperaban, y aun hemos oído decir á hombres de buena fé, que la entrada por el gran canal no les ha causado mas impresion que la de Lyon ó de Paris por el rio. Pero cuando ya se está dentro de la ciudad y se ven por todas partes salir del agua palacios, iglesias, casas y calles, porque no

se puede dar un paso sin poner el pie en el mar, entonces se siente uno maravillado y como arrebatado del mundo real. Recorramos, pues, esta ciudad estraña, en que las calles se suceden y enlazan como las salidas de un laberinto, y en donde para trasladarse de un barrio á otro, hay que pasar á veces veinte puentes. A cada paso se encuentran palacios de elegante y graciosa arquitectura, en donde se halla felizmente unido el gusto de la Italia al gusto bizantino: ademas las lagunas lo varian y animan todo. No es decir por esto que estén completamente exentas de defectos: muchas veces están negras, turbias, y aun suelen exhalar un olor fétido: pero tales como son, ofrecen el espectáculo mas curioso que puede verse. En efecto, ¿qué cosa mas singular que tener debajo de los balcones un brazo de mar que se interpone entre cada casa? Una señora rogaba un dia á un jóven viajero, que la dijese con exactitud lo que es Venecia: «Señora, la contestó, figuraos un lebrillo ó una pila llena de agua, en donde se pongan á flotar unas cáscaras de nuez, y tendreis una idea perfecta de lo que es Venecia.»

Pero ya es tiempo de hacer nuestro primer viage en góndola, y conocer mas á fondo su tripulacion, de que todo el mundo habla, segun el testimonio un poco florido de las barcarolas y óperas.

La góndola es larga y estrecha como un pez: enmedio tiene una especie de caja de coche, baja y en forma de berlina: se entra en ella por una portezuela que hay en la parte anterior. En lo interior caben dos personas, y á cada lado hay dos asientos para otras dos que casi siempre sirven para que coloquen los pies los que ocupan el centro. Tiene sus ventanas que se cierran con cristales ó persianas. El pico anterior de la góndola está armado con un grande arpon en forma de cuello de grulla, guarnecido con seis dientes de hierro muy anchos. Toda la barca está pintada con un barniz negro: la caja está forrada por dentro con terciopelo negro, y por afuera con paño del mismo color, con almohadones de tafete tambien negro, sin que sea permitido á los mayores personajes diferenciarse en cuanto á esto de ningun particular. La habilidad de los gondoleros venecianos es proverbial: se deslizan mas bien que bogan por las lagunas, y con solo un movimiento de mano vuelven aquella larga barca como si estuviere sobre la punta de una aguja. El número de gondoleros es infinito, y se cuentan por lo menos sesenta mil personas que viven del remo.

En cuanto á la ciudad de Venecia, considerada en su conjunto, aun llamándola como los novelistas y poetas Venecia la bella y la encantada, creemos que se la puede apellidar tambien Venecia la muda y la silenciosa. En efecto, al recorrer aquellas estrechas calles, quédase el viajero algun tanto sorprendido de no oír mas ruido, que el grito monótono y regular de los hombres, que desde la mañana hasta la noche, se pasean vendiendo *agua fresca*, artículo que la posicion de la ciudad enmedio del mar, hace siempre muy apreciable. Se ha dicho, y con razon, que en Venecia se hacen los negocios y demas actos ordinarios de la vida, como por encantamiento: cada uno se mueve allí por resortes invisibles: todos van, vienen, se cruzan, se encuentran por un movimiento de existencia regular y monótono: parece que se vive á bordo de un buque.

Mas despues de andar á la ventura por las calles, malo-

cones y puentes de Venecia, nos encontramos de repente en la famosa plaza de San Marcos, que puede considerarse, sino como la mas hermosa, al menos como la mas curiosa y variada de todas las plazas del mundo. Termina en los dos extremos por las iglesias de San Marcos y San Geminiano, y á los lados por las procuratias viejas y nuevas. Han dado el nombre de *procuratias*, á unas galerias que corren todo al derredor de la plaza, y que pueden compararse á los arcos de la Plaza Mayor de Madrid. Allí es el punto de reunion de los ociosos, estrangeros y habladores. Es necesario ver la plaza de San Marcos, una hermosa noche de verano, á eso de las diez, cuando hay mas animacion y algazara, entonces que se oye el murmullo de las conversaciones de los cafés, que los paseantes dan vueltas, y que por todas partes se oye el rumor de la vida elegante y mundana, mientras que en el centro de alguna laguna lejana resuena el grito salvaje del gondolero, que advierte á los remeros que vayan llegando, que atraquen en el recodo de las calles.

Otra plaza mas pequeña, y célebre en muchas novelas con el nombre de Piazzetta, conduce directamente al mar. ¿Cómo describir el movimiento, el extraordinario afán, y toda aquella mezcolanza de trages, gestos y ademanes, que forma en derredor de aquel estrecho sitio, la mezcla mas curiosa de tierra, de mar, de góndolas, tiendas, buques é iglesias, y de gentes que marchan y que llegan á cada momento? ¿V cómo detenernos ahora á describir todos los sitios que visitamos con esa feliz incoherencia del viagero en Venecia, que atraviesa sin cesar desde *Rialto*, ese puente maravilloso, hasta la iglesia de San Marcos, y desde el palacio del dux hasta el gran canal? Solo la descripcion de la iglesia de San Marcos, exigiria un grueso volumen; es un templo á la griega del tiempo de Bizancio, bajo, casi impenetrable á la luz, cubierto de siete cúpulas, revestidas por lo interior de mosaico con fondo de oro. Muchos critican el estilo de esta iglesia, que dista en efecto bastante del gusto de los antiguos; pero tal como es, no por eso deja de representar un edificio interesante y curioso, de que cuesta trabajo separarse despues de haber penetrado en él.

Vénse allí mosaicos muy antiguos que se remontan al origen de la pintura moderna: no solo las paredes y techos están llenos de ellos, sino hasta el pavimento, que no es mas que un compuesto de piecitas de mármol, jaspe, lapis, ágata, serpentina, cobre, etc. Despues de haber admirado y meditado largo tiempo en lo interior de esta iglesia misteriosa, saldremos de ella para contemplar en la portada, aquellos cuatro caballos de bronce, que segun dicen, fueron fundidos por Neron. Luego subiremos á lo alto de la gran torre, desde donde se descubre toda la estension de Venecia, las islas, pueblecillos y mar que la rodean, los buques que cubren las lagunas, toda la costa de Italia desde Comachio hasta Treviso, el Friol, los Alpes, la Carinthia, la Istria, y el principio de la Dalmacia, única y embriagadora perspectiva de que lord Byron no podia saciar sus ojos.

No nombraremos las innumerables iglesias en donde se hallan apiñadas las obras maestras de la escuela veneciana, ni los palacios de una magnificencia inaudita situados en derredor del gran canal. Dad á menudo, podemos decir á los viageros que nos sigan, el paseo que nosotros hemos dado todas las tardes desde nuestra llegada, por ese canal cuyas bellezas no es posible cansarse de admirar. Perdido en el fondo de una perezosa góndola, dejad desfilas ante

vuestra vista, esos edificios espléndidos que cuentan muchos siglos, y cuya arquitectura no ha sido todavía sobrepujada. Dejando á un lado los recuerdos fastuosos, la historia, los duxes y su palacio tan imponente y sombrío, entregaos á las emociones de este paseo entre las demas góndolas, que se deslizan furtivamente en torno de la vuestra, contentándose con aspirar las brisas del Brenta, que jueguean y circulan en derredor vuestro: escuchad los cantos regulares de los gondoleros que vuelven de Lido, sin otro pesamiento que el de saborear plenamente las delicias, el éxtasis de ese paseo que se hace, por decirlo así, entre el cielo y la tierra. Al regresar de una excursion semejante, sabreis lo que vale la mansion en Venecia, que habrá producido esos pensamientos é impresiones que adornan con frecuencia toda una existencia, con las reminiscencias de un solo viage.

Pero hemos prometido no perder tiempo, y deberíamos haber dejado á Venecia ya hace muchos dias, sopena de no hacer mas que rozar, por decirlo así, lo que nos resta que ver. Volvamos, pues, cuanto antes á la embocadura del Brenta, dirijamos la última mirada á nuestros queridos palacios, que ya no veremos mas, y como ha dicho Milton, uno de los mas antiguos viageros por Italia, «troquemos las góndolas por las sillas de posta, y el gran canal de Venecia por los Apeninos.»

VI.

BOLOGNIA.—FLORENCIA.

Iremos de una tirada, y sin detenernos en el camino, desde Venecia á Bolognia, remitiendo, como hasta ahora lo hemos hecho, á otro viage la descripcion de muchas cosas. No haremos mas que nombrar de paso á la antigua y sombría Fenara, en donde si pudiésemos disponer de mas tiempo, tendríamos que saludar el sepulcro de Ariosto, que se halla en una de las iglesias. Llegaremos en derechura á Bolognia, ciudad hermosa, llena de pórticos, por debajo de los cuales pueden andarse tres ó cuatro leguas sin temor de mojarse. Estos abovedados pórticos, estan sostenidos por columnas de toda clase de órdenes, y por pilastras cuadradas. Los viageros no están de acuerdo sobre el efecto general de estas galerias: unos las encuentran sombrías, tristes, y se quejan de que la ciudad toma de aquellas construcciones regulares un aire de monotonia y austeridad; que se censura en algunas ciudades de Suiza: otros por el contrario, ven en ellas un conjunto imponente, que presenta una fila de edificios llenos de nobleza. Justo será añadir que las casas sostenidas por aquellos pilares, son generalmente de gran belleza, y que muchas merecen citarse como modelos de arquitectura italiana.

Pero internémonos en la ciudad, y admiremos desde luego esa curiosa torre *degli Asinelli*, derecha y delgada como una vela, la torre mas alta de Italia, y quizá una de las mas elevacion de Europa, desde allí nos trasladaremos á la plaza principal de Bolognia, en donde nos aguarda la mas hermosa fuente de mármol y bronce que hasta ahora hemos visto. Esta fuente se halla completamente dominada por un Neptuno colosal, acompañado de cuatro amorcillos montados en otros tantos delfines: mas abajo hay otras cuatro figuras de mugeres que arrojan agua por las

puntas de las mamilas: esta fuente es obra del famoso escultor Juan de Bologna. Muchos palacios de grande magnificencia, y la célebre iglesia de San Petronio, nos detendrán largo tiempo en esta plaza, que puede decirse es el punto de reunion de la admiracion viagera. La mayor parte de las ciudades de Italia, Roma, Bologna, Florencia, Venecia, Nápoles, tienen tambien una plaza de preferencia, que puede considerarse como un teatro privilegiado, á donde se han dado cita las maravillas de las artes. Estas plazas son ademas el centro del movimiento mas vivo y animado de la poblacion.

Se observará que hasta ahora casi hemos evitado el tratar de pintura, porque verdaderamente es muy limitado el terreno á que nos encontramos circunscriptos, para que tan grandioso asunto pueda ser tratado dignamente. Sin embargo, no olvidaremos que Bologna es la madre del ór-



Retrato de Rafael pintado por él mismo.

den de la pintura de la escuela de Lombardia, como Venecia lo es de la escuela veneciana. En esta ciudad es en donde se encuentran las principales obras maestras de los Carrachios, de Guido, del Guercino, del Albano, etc. Asi como hemos recorrido rápidamente, ó por mejor decir, saltado por encima de los cuadros de Venecia, diremos muy poco de los de Bologna, ó de los de las demas ciudades en que se hallan en tan grande cantidad. Con todo, forzoso nos será recomendar á los viageros, que visiten las iglesias de San Pedro, San Pablo y Santo Domingo, en donde se admiran las obras maestras de todos los pintores del pais y muchas estatuas de Miguel Angel. Si citamos los conventos, que pasan por los mas hermosos de Italia, (despues de los de Milan,) los palacios Fantozzi, Magnani y Malvezzi, que son maravillas de arquitectura, habremos recordado lo mas importante que Bologna contiene en materia de edificios públicos.

Mas despues de haber examinado el conjunto y los por-

menores de lo interior, saldremos al campo para admirar la posicion de la ciudad, pegada á unas colinas que miran al Norte. Entre ellas se estiende el magnifico valle de la Lombardia, el mas espacioso que existe en los paises civilizados. En Bologna, una casa construida sobre la colina, con fronton y columnas como un templo antiguo, forma desde veinte sitios de la ciudad, un punto de vista apetecible y encantador. La Colina, que sostiene el templo, parece avanzarse en medio de las casas, y tiene arboledas que un pintor no hubiera dibujado mejor. Ya pueden figurarse nuestros lectores, de cuántas graciosas y risueñas perspectivas se halla rodeada esta feliz ciudad.

Mas hemos prometido no fijarnos exclusivamente en los sitios y edificios que desplagan á nuestros ojos las ciudades que visitamos, y queremos tambien de cuando en cuando, asir como al vuelo, algunas de esas figuras italianas tan curiosas y dignas de estudiar en su cuadro, es decir, en los paises en donde se encuentran. Asi es, que antes de dejar á Bologna, no olvidaremos observar ese singular fondo de altivez y amor propio nacional que forma el carácter bolonés, y hace intratable al mas insignificante habitante en cuanto oye á un extranjero censurar á un poeta, un pintor ó un escultor de su nacion. Este sentimiento de orgullo, que no consiente se confiesen los defectos del pais en donde se ha nacido, se encuentra aun en las gentes del pueblo, que en sus relaciones con los superiores emplean una especie de dignidad maliciosa, que no se advierte entre los artesanos y empleados subalternos de Inglaterra, Alemania y otros paises.

El tipo del hombre del pueblo de Bologna, se halla en el carácter y modo de vivir del zapatero Ronchetti, que tanta fama adquirió hácia 1843 y cuyo nombre no se ha borrado todavia de la memoria de la nobleza bolonesa. Aunque zapatero, Ronchetti era un aficionado á las bellas artes, muy inteligente, y si llegaba el caso, disertaba sobre pintura, escultura y música con tanta delicadeza y juicio como un gran señor ó un artista de profesion. Mas por un fenómeno bastante raro en los artesanos-artistas, Ronchetti no descuidaba en lo mas minimo su oficio, y le ejercia con un verdadero fanatismo, que le colocaba aun con sus parroquianos en un pie de igualdad, en todo lo que correspondia al calzado. Un solo hecho dará idea de su ingenio ó instintos particulares. Murat, que como es sabido tenia mucho esmero con sus pies, repetia con frecuencia que no podia calzarse mas que en París y no cesaba de citar á Astley, como el único fabricante de botas, que le habia hecho unas verdaderamente dignas de él. Se dirigió á Ronchetti, porque no podia hacer otra cosa, mas habiendo oido éste hablar de las prevenciones de su augusto cliente, é indignado de ser tratado como un artista muy secundario, jamás quiso hacer mas que una bota, pero es preciso confesar que era admirable y podia ser considerada como una obra maestra. Maravillado el rey, despues de probarse la primera, pidió la segunda. «Señor, contestó Ronchetti, mandadla hacer en vuestro París.» y nadie pudo persuadirle á que variase de resolucion. Asi es, que el rey de Nápoles se vió condeñado á sufrir la suerte de Cendrillon, por haber despreciado la dignidad nacional y el orgullo que encerraba el corazon de un zapatero de Bologna.

Pero durante el tiempo que hemos empleado en referir esta anécdota, nos hemos trasladado naturalmente al camino que desde Bologna conduce á Florencia, porque es

bien sabido, que en un viaje nada acorta tanto las distancias como una historieta referida con mas ó menos gracia. Ya que nos hemos visto obligados á dejar á un lado tantas cosas tan bellas y raras, no describiremos las subidas y bajadas que encontramos en los Apeninos. Supongamos, pues, que al salir de Bolonia nos ha sorprendido un dulce sueño, y que nos ha impedido ver pueblecillos insignificantes como Firenzuela y otros, que no merecen seguramente el honor de ser nombrados. No se abrirán nuestros ojos sino para contemplar el valle Scarpieria, que nos hará saborear de antemano las admirables bellezas de los paisajes de la Toscana. Atravesaremos todavía una montaña desde lo alto de la cual principiaremos á descubrir toda aquella hermosa tierra de promision; y luego, á fuerza de dejar que nuestra vista se esplaye de sitio en sitio, de colina en colina, nos encontraremos, casi sin sentir, á las puertas de Florencia.

Acúsenos cuanto quieran de frialdad é indiferencia, que no por eso variaremos nuestro sencillo modo de viajar, y aun si se quiere, indolente. Llegaremos á la hermosa y famosa Florencia, como hemos hecho en las demas ciudades, sin exclamaciones y sin superlativos, dejando venir los encantos y los gritos de entusiasmo segun su orden y sin la menor violencia: cuando nos esperan las cosas mas arrebatadoras y sublimes, no debemos abandonar la sencillez; por el contrario, lo mejor es permanecer los mas verídicos y naturales que nos sea posible.

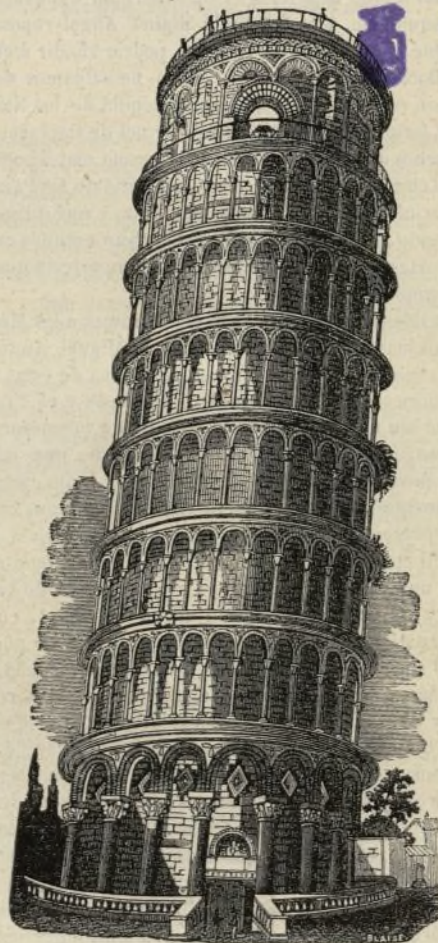
Una vez ya en la ciudad, la primera callejuela que se ofrece á nuestra vista, nos conduce directamente á la plaza del *Gran duque*, plaza maravillosa, rica en escultura como un museo, magestuosa y adornada como el patio del mas hermoso palacio, animada, bulliciosa como el punto de reunion en que la elegancia se mezcla felizmente con el aspecto de una poblacion que parece haber conservado todas las maneras libres y bruscas de la existencia de las repúblicas de la edad media.

Mas al procurar no profundizar en la historia, y penetrar en el dominio de los libros, ¿quién puede evitar el decir con una emocion involuntaria, que se encuentra en el recinto de la ciudad en donde vivieron Dante, Miguel-Angel y Leonardo de Vinci? Allí, puede decirse tambien, que es en donde realmente ha comenzado la civilizacion moderna. Lorenzo de Médicis ha representado en Florencia el papel de rey, y tenido una corte, en que por primera vez, desde el tiempo de Augusto, no dominaba el gusto militar. Empero dejemos á un lado lo que era la ciudad en los tiempos pasados, y veamos lo que es la actualidad.

Florencia, cuyo piso se compone de pedazos de piedra blanca de formar irregular, es en extremo limpia. Si se exceptua algunas poblaciones holandesas, es quizá la ciudad mas limpia del universo, y seguramente no se puede conceder indistintamente este elogio á todas las ciudades de Italia, que en su mayor parte están mas descuidadas de lo que es permitido aun en las ciudades del Mediodia. La arquitectura greco-gótica que domina en la mayor parte de las calles de Florencia, tiene toda la limpieza y lo bien acabado de una hermosa miniatura. En muchos sitios de la ciudad se observa un carácter de grandiosidad y melancolia, que no puede atribuirse mas que á la mezcla de la civilizacion primitiva y del arte perfeccionado, que depende del origen y de los destinos de los pueblos.

Así, puesto que nos hallamos en la plaza del *Granduque*,

en donde se encuentra, por decirlo así, reasumida toda la hermosura de Florencia, observemos por un lado el *Palacio viejo*, fortaleza construida en 1298 con los donativos voluntarios de los comerciantes, que eleva libremente sus almenas de ladrillo y sus paredes de una altura inmensa; luego, en sus inmediaciones, esas obras maestras de arquitectura y escultura, que parecen jugar en derredor de aquel edificio imponente; el *Perseo* de Benvenuto Cellini; el *Hércules* de Bandinelli; el *David* de Miguel Angel: la bonita galeria de Vasari; la estatua ecuestre de un Médicis; el en-



Torre inclinada de Pisa.

HEMEROTECA
MUNICIPAL

cantador pórtico de Lanzi, etc. ¿Qué edificio de arquitectura griega podría decir á la imaginacion y á la memoria tantas cosas, como esa fortaleza de la edad media, llena de fuerza y de rudeza, cuya masa parece luchar contra un siglo ya culto é ilustrado?...

Desde la plaza del *Gran duque* nos trasladaremos á la de la catedral, la segunda de Florencia, y que en cuanto á belleza, solo puede ser comparada con la de Pisa. Como en esta última, se ven en ella una catedral, un bautisterio, y un campanario, que forman tres edificios distintos. No falta allí mas que el *Campo Santo*; ¿pero deberemos sentirlo cuando nos encontramos al frente de las puertas del bautisterio, construidas por Ghiberti, tan hermosas y perfectas, que Miguel Angel las llamaba las *Puertas del Paraíso*.

so?... Mas pues que no podemos hacer mas que atravesar las iglesias de Florencia, en donde se halla escrita con caracteres inmortales la historia de la pintura y del arte moderno, detengámonos al menos bajo las bóvedas divinas de la iglesia de Santa-Croce, tan descuidada, tan rústica en lo exterior, pero que contiene en su recinto tesoros que no podrían pagar todas las riquezas de los soberanos de Europa.

El techo de esta iglesia es una sencilla armadura, y su fachada no está aun concluida; pero en cuanto se pasa el umbral de la puerta, se encuentra á la derecha el sepulcro de Miguel Angel: mas lejos el de Alfieri por Canova; luego el de Maquiavelo, y en frente de Miguel Angel reposa Galileo. ¡Qué hombres! ¿Y la Toscana, podría añadir á ellos el Dante, Bocaccio y el Petrarca?... Pero no salgamos de esta iglesia sin contemplar la admirable capilla de los Nicolini, sencilla, formada enteramente de mármol de Carrara, y sin mas adornos que cinco estatuas de la misma materia. Si pasamos al claustro, encontraremos la capilla de los Pazzi, de órden corintio: ¿cómo podremos elogiarla, y qué diremos de ella, cuando recordamos que Winckelmann asegura en una de sus cartas, que no la cambiaria, por imperfecta que sea, por el templo de Efeso?

En la iglesia de San Lorenzo encontramos á los Médicis, que en su mayor parte son de mano de Miguel Angel. Es preciso renunciar hasta á dar una débil idea de estas estatuas alegóricas. El *Día*, la *Aurora*, la *Noche* y el *Crepúsculo*, que son obras maestras de grandeza y hermosura. En San Lorenzo hay una capilla espaciosa como una iglesia, llena de piedras preciosas, trabajadas con tanto esmero y tan pulimentadas, que á primera vista deslumbran. Las paredes representan pedrerías, y el cielo de la cúpula es de lapislázuli con estrellas de oro. Cada ángulo, tiene en su esconce una pilastra de alabastro con la cornisa de bronce dorado, y en cada cara un gran nicho de piedra, en que hay alternativamente un sepulcro de granito y de pórfido: sobre el sepulcro un almohadon de jaspe encarnado, con esmeraldas y diamantes: sobre el almohadon, una corona de oro, y en lo alto del nicho una estatua de bronce de los grandes duques de quienes es panteon aquella capilla.

Habíamos ofrecido no detenernos en ninguna clase de pormenores, y á nuestro pesar nos ocuparemos en describir una capilla, que es en verdad una de las maravillas del mundo. Pero ¿qué sería si quisiéramos recordar tan solo lo que hemos visto en el célebre palacio *Degli Uffizi*, en donde se halla la principal coleccion de cuadros y estatuas que posee Florencia: ó solo en la famosa *Tribuna*, pieza octógona cuyo pavimento es de mármol, el cielo raso de nácar de perla; y en donde se ven reunidos los dos *Luchadores*, la *Venus de Médicis*, el *Apolo*, el *Fauno jóven* y el *Aflador*, las obras mas preciosas, en fin, que nos ha dejado la estatuaria antigua?... ¿Qué diremos de otras salas en donde se admira la *Niobe*, los retratos de Rafael, Miguel Angel, y Leonardo de Vinci, pintados por ellos mismos; en todos los cielos rasos, arabescos inimitables ejecutados por los mejores discípulos de Rafael; las mas admirables pinturas mezcladas con flores figuradas; gabinetes formados con columnas de jaspe, lapislázuli y oro; las mas raras porcelanas del Japon; obras de cristal de roca de un trabajo esquisito, y diamantes y pedrerías de inestimable aprecio?...

Para abrir comunicacion desde la galeria al palacio Pitti en donde habita el gran duque, y que está bastante dis-

tante, se han construido por encima de las casas y de los puentes unos corredores muy largos. Este palacio da á una plaza de mucha estension y algo estrecha, y ocupa uno de sus lados. El patio interior es magnifico: en cuanto á los salones del palacio, nos bastará asegurar que allí se ve la flor de las obras maestras de Ticiano, Correggio, Andrés del Sarto, Rafael, el Dominiquino, Canova, en fin, de cuanto la Italia ha producido mas sublime en punto á artistas. Con el palacio Pitti, nos vemos obligados á conducirnos como con los museos, cúpulas, palacios y claustros que hasta ahora hemos visitado, es decir, reservando mucho á las peregrinaciones futuras de nuestros lectores, que necesariamente tendrán que completar una multitud de impresiones, que no hacemos mas que despertar ó indicar aquí.

Para descansar de la pintura y arquitectura que al cabo podrían fatigarnos, nos ocuparemos ahora en conocer un poco la ciudad, considerada independientemente de los museos y colecciones. Visitaremos primero las orillas del Arno, rio querido de los poetas, que entre paréntesis nos le han hecho mas puro y limpio de lo que es en realidad. Nosotros, como simples prosistas, diremos únicamente, que las aguas del Arno casi siempre van sucias y de un color amarillento. Dejando á un lado este ligero inconveniente, el Arno tiene unas orillas deliciosas y encantadoras, que justifican todos los sonetos y versos descriptivos y campestres que le han dirigido los poetas de todos los tiempos.

Pero en Florencia, especialmente, es en donde pueden observarse esas curiosas escenas de la vida al aire libre, que hace una parte de la poblacion en ciertas ciudades de Italia. Mientras las personas de elevado rango van al teatro de la *Pergola*, que en Florencia es lo que la *Scala* en Milan, *San Carlo* en Nápoles, y el *Fenice* en Venecia; es decir, el primer teatro de la ciudad, la gente del pueblo encuentra su comedia en los mercados y en las calles. Ya conocemos la plaza del Gran duque por las obras maestras y los monumentos que posee; pero si la observamos en diferentes horas del dia, veremos que puede ser considerada ademas como una especie de panorama viviente, un verdadero teatro en donde siempre se ejecuta alguna representacion. La venta de pescado, legumbres y otros comestibles, ha sido confinada á calles oscuras y estrechas, para dejar en las plazas el espacio suficiente para las representaciones al aire libre.

Hémos ya pues en la plaza del Gran duque, sin otra intencion, que gozar de los diversos espectáculos que tenemos á la vista. Al rayar el dia se oye el sonido de una enronquecida trompeta acompañada de un tambor, mientras un *ciarlatano*, con sombrero de tres picos, y ceñida la espada, cabalga en un rocin tan flaco como el del Apocalipsis. Ya conocemos al charlatan genovés, y no hemos temido trascribir un trozo de su género de elocuencia; pero el charlatan florentino es mucho mas cómico que el primero. Su improvisacion es tambien mas brillante y atrevida. Es preciso verle, despues que ha sabido conciliarse al auditorio con un exordio digno de Ciceron ó de Hortensio, apoderarse de un aldeano que se dirige hácia él multiplicando los mas respetuosos saludos, sacar de su bolsillo con imperturbable gravedad unos alicates, volver al aldeano como si quisiese romperle el cuello, y en un abrir y cerrar de ojos, enseñar á la multitud con aire triunfante, el diente que acaba de arrancarle. Pero la muchedumbre no perma-

neces por largo tiempo fiel á este incomparable operador. En otro punto de la plaza, unos equilibristas, asombran á los espectadores con la viveza de sus bailes, y lo atrevido de sus peligrosos saltos, (*salti mortali*). Hay titiriteros que para atraer á la concurrencia no tienen inconveniente en recurrir á los medios mas burlescos.

Así pues, en esta misma no es extraño ver á un hombre vestido estravagantemente, armar disputa con otro personaje que no es mas que un compadre suyo, disputa que suele venir á parar en lucha. El uno se deja caer al suelo aparentando hallarse próximo á espirar, y comienza á gritar con todas sus fuerzas, ¡*ajuta! ¡ajuta!* Al momento la multitud se agrupa en derredor de los combatientes, y el vencedor, que pone el pie en la garganta del vencido, le alarga de buen grado la mano para que se levante, y anuncia en seguida á los concurrentes que su adversario habria sucumbido en la terrible lucha, pero al momento se hubiera vuelto á poner en pie, mas fresco y rozagante que nunca, con solo aplicarle á los labios algunas gotas del incomparable elixir que cura infaliblemente las heridas, contusiones, magullamientos y fracturas, cuyo precioso liquido contienen unos frasquitos que enseña al público.

¿A dónde iríamos á parar si tratásemos de referir todos los juegos y diversiones de esa Italia, tan indolente siempre y tan alegre, á pesar de la grandeza de sus recuerdos, y la triste realidad de su situación presente!... Pero no acertaríamos á salir de Florencia sin visitar al menos algunos de sus hermosos paseos, que son tan numerosos que cada tarde puede elegirse uno nuevo. El mas concurrido se llama el *Cascino*, y debe su nombre á las granjas ó quintas establecidas por el gran duque Leopoldo á fines del último siglo. Saliendo por la puerta del prado se encuentran varias calles de árboles, y á orillas del Arno, bosques en donde se han formado agradables paseos para los que transitan á pie. En lo interior de la ciudad están los jardines Boboli, pertenecientes al palacio Pitti, que se hallan adornados con grande magnificencia. Pero el mejor paseo de las cercanías de Florencia, y el que sin duda escende á todos los demás, es *Bello Squardo*, deliciosa colina desde donde se descubre el Arno y las colinas de Fiesola, que son el mas bello adorno del pais, como tambien las demás colinas de los alrededores, cubiertas de olivos.

Mas se nos dirá que con tantos y tan felices privilegios de la naturaleza y el arte, Florencia será una ciudad perfecta. No en verdad; y aun es forzoso confesar que la poblacion mas bien es interesante que hermosa; que tiene muchos barrios que en cualquiera otra parte que Italia pasarían por feos, y que en sus cercanías tan variadas y pintorescas, se desearia encontrar algo mas magestuoso y desahogado. Los mismos habitantes no carecen de defectos: el florentino, á pesar de sus amables cualidades, es bastante inclinado á la aspereza y alcácullo: es un poco egoista, y nunca hace olvidar completamente que es descendiente de una república mercantil. Algunos se han quejado tambien de que en la ciudad hay muchos ingleses: es verdad que estos residen en Florencia en gran número como en el resto de Italia; ¿pero esto es por ventura un mal? En cuanto á nosotros no vemos que pueda vituperarse por razon á los ingleses el salir de su patria, á no ser por su inteligencia en viajar, que poseen en tal grado, que donde quiera que se presentan, rara vez dejan de apoderarse de los mejores

carruages, las mejores posadas, las mejores comidas, y las mejores camas.

Florencia no es, pues, una ciudad perfecta, mas sin embargo, siempre será la poblacion predilecta de los extranjeros: en ella se piensa siempre, cuando al regresar á su pais se vuelve la vista á esa querida Italia, en que se siente haber vivido tan poco. Quisiérase volver á Florencia para residir en ella, y no conocer mas costumbres ni mas habitantes que los de esta ciudad encantadora. ¡Y casi siempre, ¡ay!... cuando se comienzan á conocer y gustar las delicias de este pais, es preciso separarse de él!

VII.

PISA.

Un viajero moderno ha tenido la franqueza de escribir en su libro de memorias: «Viajo no por conocer la Italia, sino por divertirme.» Tal es, como ya pueden haber advertido nuestros lectores, la divisa que hemos adoptado en nuestras escursiones. Sin embargo, se observará que nuestro método no es tan libre ni arbitrario, que caminemos al azar, y segun nuestro capricho. Ya ha podido notarse que seguimos un itinerario bastante riguroso, y que por poco que se cumpla, no nos permite volver atrás y pasar por los sitios que ya hemos recorrido. Abrimos, pues, este itinerario al salir de Florencia, y vimos que la ciudad, á que segun él debemos dirigirnos, es nada menos que Roma; pero no hemos hablado de Pisa y merece que nos detengamos un momento.

Esta ciudad, rodeada de montañas matizadas de varios colores, ha visto decaer gradualmente su gloria y su esplendor. La ciudad fiel de los gibelinos, no debia sobrevivir á los Hohanstaufen: pero en medio de sus ruinas, Pisa conserva una fisonomia imponente y solemne. Diríase que era una matrona augusta, que pensaba con amargura, en los dias de su juventud y de su hermosura.

Lo primero que se vé, pasando por el malecon del Arno, es la iglesia de mármol de María della Spina, que pudiera muy bien tomarse por un tabernáculo que habian dejado olvidado allí, los que debian conducirlo á la catedral. Despues de atravesar muchos puentes y calles, y la plaza en que antiguamente estuvo la torre en que murió de hambre Ugolino della Gherardesca y sus hijos, se llega á una espaciosa plazuela cubierta de verde yerba, por la cual cruzan muchos senderos, y en la que se elevan cuatro monumentos históricos: la media naranja, bautisterio, el campanario, y el Campo Santo. La primera vez que vi aquellas maravillas del arte, fué á la claridad de la luna: con el resplendor de aquel astro, presentaba el mármol un espectáculo admirable. La cúpula me parecia un antiguo monarca, uno de esos reyes del tiempo de los patriarcas, imponente, austero y protector: ¿diríase que ofrece un asilo en su seno contra las tempestades del mundo?... Cerca de él, el bautisterio con su graciosa rotonda, parece un niño del pais extranjero que ha ido á buscar allí su patria: luego el campanario con sus ocho hileras de columnas de mármol que se pierden en el oscuro azul del firmamento nocturno, y van elevándose por los etéreos espacios, mientras que la torre va tomando una inclinacion tan espantosa.. Aquel desnivel, causa al principio una impresion muy desagradable, sobre todo si no se apresura uno á colocarse en el

punto en donde no se observa el efecto: por mi parte, no temo por la seguridad de aquel monumento ni por la mía propia, á Dios gracias: ya hace siglos que las cosas están así; á mi modo de ver, la línea oblicua ni conviene á los monumentos ni á los hombres: en unos y otros impide esa armonía que constituye el mérito de la belleza, y que produce en los que la contemplan, un sentimiento de satisfacción. Por último, descubrimos el Campo Santo. Allí, por lo menos, reina la calma: una tranquilidad eterna, ¡la de la muerte!... La tierra del Campo Santo, la trajeron de los Santos Lugares. No se sabe cuántas veces tuvieron que atravesar los mares con tan preciosa carga, los navios de la república de Pisa: en lo que no cabe duda es, que ahora aquel terreno se halla cubierto de yerba: en los extremos se elevan unos cipreses envueltos en su sombrío follaje, y en el centro hay una crucecita cubierta con enredaderas. El todo, forma un cuadrado oblongo, alrededor del cual, corre una especie de galería, que contiene frescos de los siglos XIV y XV, sepulcros y antiguos trozos de escultura, traídos por los pisanos de sus expediciones guerreras ó comerciales á la Grecia y al Levante.

Permanecimos algun tiempo junto al sepulcro de Enrique VII. Giovanni Pisano, ha colocado en un grupo á los once apóstoles fieles. Basta examinar en aquel monumento la noble y melancólica figura del emperador, para conocer que el único veneno que le produjo la muerte, fué el disgusto. Enrique VII vivió y murió como don Quijote, siguiendo siempre las mismas quimeras, porque en el fondo no hay diferencia alguna entre la caballería y el imperio, tales como ambos, los soñaban y procuraban restablecer. Por lo que á mi hace, jamás he comprendido que el don Quijote fuese un libro tan burlon. La obra maestra de Cervantes, me parece por el contrario, de indecible melancolía: el principal personaje de ella, dotado de una alma elevada, sostuvo una lucha obstinada con cuanto hay en esta vida, de comun y limitado, y concluyó por sucumbir en la empresa. Enrique VII murió de la enfermedad incurable de que hablo, y la tierra de Pisa le guardaba en su seno un lugar para descansar: por que al fin es indispensable que reposen tambien todas esas almas inquietas.

(Se continuará.)



Vista de la plaza de San Marcos en Venecia. — Pág. 147, columna 1.ª

ESTUDIOS RECREATIVOS.



LA SENORITA DE RIBAN.



Rapto de la señorita de Riban.

En el reinado de Luis XIII, y durante la administracion del cardenal de Richelieu, vivia la familia de Riban en una quinta situada entre Tours y Amboise: el padre, antiguo brigadier de un regimiento de dragones, sufrió la amputacion de un brazo en el sitio de la Rochela, se retiró con una pension de cincuenta escudos, y era uno de los arrendatarios de un señor muy rico de la Turena: la madre per-

Tomo IX.

tenecia á una casa pobre y noble de la Bretaña, que circunstancias muy ventajosas para los Riban, hicieron que la uniesen con aquel apreciable plebeyo, que entonces poseia una fortuna mas que mediana, adquirida por el comercio, y perdida despues por una imprudente generosidad. Tenian una hija de diez y siete años, llamada Leonor, único fruto de aquella union tan feliz, y tan sujeta á las mas crueles prue-

bas. Formaba también parte de la familia, Mariana, joven bretona de veinte años, hija de una antigua criada que había muerto en el servicio de Mad. de Riban en los días de prosperidad: esta buena muchacha, quiso permanecer sin salario en la casa, después de los desastres, para que sus antiguos amos no quedasen abandonados.

Todos sus vecinos profesaban una especie de veneración á los Riban. Aunque de una educación superior á la de los demás colonos, no eran altaneros, y guardaban con ellos toda clase de atenciones. Las señoras que poseían palacios, en la misa del domingo admiraban la naturalidad, la gracia y la expresión de Leonor, sus rubios cabellos, sus ojos garzos, su compostura, su aire noble y distinguido, y felicitaban por ello á sus padres, que se ruborizaban de orgullo y de alegría; pero solo contestaban con excusas de agradecimiento á los ofrecimientos de las casas ricas y aristocráticas que abrían las puertas á su hija; por manera, que finos y atentos con todos, siempre permanecían aislados, sin querer alternar con los que les eran inferiores por las costumbres, ni con las familias que les eran superiores por su fortuna. Hay posiciones que solo se encuentran bien en la soledad. Mad. de Riban, envanecida en el fondo de su alma con su nacimiento, y modesta por su mala suerte, fué la primera que se persuadió de esta verdad, y la que propuso un plan de conducta tan reservada. Por lo demás, había dado á su hija la educación é instrucción de que ella misma estaba dotada; la enseñó las lenguas italiana y española, la dió algunas nociones de dibujo y de música, de historia y de filosofía moral. El talento y los conocimientos de Leonor formaban las delicias de las veladas de la quinta, después del continuo y penoso trabajo del día.

—Leonor mía, dijo una noche Riban, desde un año antes de tu nacimiento en que un cura bajo-breton, me unió á tu madre, no recuerdo que hayan tenido nuestros corazones ningún desasosiego, aunque hemos experimentado muchas alternativas: á pesar de nuestras desgracias, compadezco á cuantos dichosos veo, porque no tienen una mujer dulce, tierna y animosa como la mía. Si tú supieses, ¡Dios mío! (y es preciso que lo sepas, para que ames más á tu madre) ¡si supieras cuánto ha hecho y sufrido por mí!...

—Vaya, amigo, replicó vivamente Mad. de Riban, no me confundas con tu gratitud, cuando yo soy la que deberia....

—Pues bien, no, contestó Riban; pero al menos es necesario que nuestra hija sepa algunos pormenores de los acontecimientos de nuestra vida y de su infancia. Ahora ya se encuentra en edad de comprenderlos, y de aprovecharse de ellos. No temas, querida esposa, no hablaré más que de los hechos, y si dicen demasiado en favor tuyo, no será culpa mía.

Mi padre, que era un buen normando, había hecho brillantes especulaciones en el comercio, brillantes y legales, porque Mr. de Sully, que le conocía muy bien, le presentó un día al rey Enrique, y dijo á S. M.:

—Señor, ved aquí un hombre honrado.

A lo cual contestó el rey.

—Gracias, mi querido duque, eso es de lo que tenemos menos en San German.

Cuando Dios se llevó á mi padre, (mi madre había muerto al darme á luz), me asusté al verme tan solo, y traté de

viajar por Francia para distraerme y aliviar mi pesar. Comencé por la Bretaña, y en ella también concluí: porque allí encontré á tu madre, Leonor mía, á tu madre, que era exactamente como tú eres ahora. Mi corazón y mi suerte se fijaron para siempre. Ella era noble y yo plebeyo; pero conocí que mi alma no tenía nada de bajo ni de común, y su tierna determinación fué más fuerte que las preocupaciones de su familia, y más elocuente que mis dineros, que no eran malos abogados ó intercesores para mi matrimonio, en una casa arruinada desde las turbulencias de la liga.

Llevé á mi esposa á Normandía, en donde se acostumbró, sonriéndose á las cosas del comercio, y el cielo nos recompensó concediéndonos á nuestra querida Leonor. Todo fué bien durante seis años en que nada tuvimos que desear: entonces ¡ay!... es cuando debe temerse todo. Una mañana vi entrar en mi despacho al marqués de Luxeul, á quien mi padre había merecido muchos favores: estaba pálido y demudado. «Mi querido Riban, me dijo, si no acudís en mi socorro, soy hombre arruinado, deshonrado.... esta noche he perdido en el juego cincuenta mil escudos que no puedo pagar. Tengo fincas que triplican el valor de esta suma; pero los necesito dentro de veinte y cuatro horas, y además por mi mujer y mi niño, que aun está en el colegio, tengo que ocultar esta necedad. Si podéis facilitarme esos cincuenta mil escudos, os daré en cambio un compromiso de venta de todos mis inmuebles, que ya conocéis, y autorizaré con mi sello particular: los vendereis, ó yo mismo, en el término de dos años, amistosamente y sin que aparezca que me veo obligado á ello: vos os reintegrareis con el producto de la venta del capital é intereses, y me salvaréis más que la vida.» Le contesté que no tenía más que los cincuenta mil escudos, que lo consultaría con mi mujer, y que si accedía á ello, se los entregaría con las condiciones propuestas. Consintió porque era una acción buena y generosa, y se salvó el honor del marqués de Luxeul. Todavía nos hallábamos poseídos de la primera emoción, cuando supimos que el marqués se hallaba comprometido en una de esas conspiraciones de corte demasiado comunes en nuestra época, y que por consecuencia se había visto obligado á huir inopinadamente, y habían sido confiscados todos sus bienes. Quise hacer valer mi acta de compromiso de venta, pero no estaba en forma legal, y la autoridad la desestimó y procedió á la confiscación. Hémos ya arruinados, y sin poder atender á nuestros negocios; pero yo tenía una salud muy robusta y un temple de alma bastante fuerte. Conocía al coronel del regimiento de dragones de la Reina, y me dijo, que si sentaba plaza en su cuerpo me prometía hacerme ascender con rapidez. No vacilé: entregué á tu madre, pobre Leonor mía, el precio de mi empeño, para ella y para tí, y partí para el sitio de la Rochela, mandado por el cardenal-ministro en persona. En la primera escaramuza fui nombrado brigada... y en la segunda perdí el brazo izquierdo. Obligado á dejar el servicio con una módica pensión, estuve pensando largo tiempo para qué sería bueno, y por último me decidí á tomar en arrendamiento esta quinta, en la cual vivimos pobremente pero reunidos, que vale más que vivir separados en la opulencia; y con tal que el propietario, que siempre me ha parecido hombre de bien, me deje el arrendamiento hasta que ya no pueda absolutamente con él, espero, Leonor mía, establecerte decorosamente, y cerraré mis ojos sin

sentir mas que el no veros, á tí, querida hija, que eres mi gloria y mi orgullo, y á tí, querida esposa, que siempre has sido mi consuelo y mi admiracion; porque en fin, cuando pienso que tus nobles manos se prestan sin violencia nirepugnancia á todos los... Vamos, vamos, amiga mia, me haces señas, y callo por temor de prorumpir en elogios tuyos, pero al menos no me puedes impedir que llore y que te estreche entre mis brazos.

Y todos tres lloraron y se abrazaron.

—Gracias, padre mio, dijo Leonor; yo no sabia eso mas que de una manera vaga, y yo os amo por todas vuestras desgracias, por vuestras virtudes y las bondades que usais conmigo; pero decidme ¿no habeis vuelto á oír hablar jamás del marqués de Luxeuil?...

—¡Ah!... si, hija mia. Sé que huyó á América con su esposa, á quien perdió bien pronto, y su hijo. Me escribió muchas cartas manifestándome su desesperacion; no pensaba, me decia, en su propio infortunio que no merecia... el rey no podria menos de reconocer algun día su inocencia; solo se ocupaba de mi ruina, que tenia incesantemente ante su vista, y que le producía los mas crueles remordimientos; si ahora sigo la conversacion sobre este asunto, es porque esta mañana he recibido carta del marqués. Segun me dice, se afana por ganar lo que me debe y pagarme; instruye á su hijo, que ya es un jóven de veinte y dos años, para que le suceda en su reconocimiento y obligaciones; pero que la tierra del destierro es poco fecunda, y hasta ahora no puede conseguir mas que ir pasando.

Acerca del jóven, me escribe su padre que es poeta (mal elemento para hacer fortuna), y me envia de su parte unos versos, que va á leernos Leonor.

La jóven obedeció con gusto, y los versos parecieron excelentes, especialmente á ella.

—Madre mia, dijo Leonor, ¿me permitireis que agregue estos versos á las composiciones poéticas de que voy formando coleccion?

—Como quieras, hija mia, respondió la madre; cuando la realidad no es brillante, es cuando debe recurrirse á las cosas de imaginacion.

Quince meses trascurrieron sin suceso alguno notable para la familia, cuando Mad. Riban fué atacada de una enfermedad que la privó de la vida. Dos pobres corazones quedaron despedazados con aquel golpe fatal, y se unieron mas estrechamente entre sí. Leonor se dedicó enteramente al culto filial: hubiera dado su existencia porque la de su padre fuese feliz, ó por lo menos, porque en su ancianidad disfrutase del bienestar, tan necesario cuando ya ha pasado la edad de la dicha y la ventura.

—Señorita, la decia Mariana, yo no sé, pero apostaria á que os casareis bien pronto con un rico y opulento señor, y que sereis la Providencia de vuestro padre, como sois su alegría y su amor. Os añadiré que ya lo he soñado tres veces.

—¿De veras, Mariana?... pues eso ya va siendo muy grave.

—No os riáis, señorita; yo creo en los sueños y en la astrologia como la reina madre.

Lo cierto es, que poco tiempo despues de esta conversacion, Mr. de Riban recibió una carta concebida en estos términos:

Caballero Riban.

«Hace seis meses que he visto á vuestra hija, y ese mismo tiempo que la amo; he sabido todas sus buenas cualidades y virtudes. Permitidme que la obsequie... No tiene que pronunciar mas que una palabra para que mi nombre y mi fortuna estén á sus pies.

EL CONDE ROBERTO DE MEROLLES.»

El conde Roberto de Merolles, dueño de una inmensa fortuna, á la edad de treinta y seis años, poseía un magnifico palacio hácia la parte de Saumur, á una jornada de la quinta de Riban, y desempeñaba uno de los primeros empleos de la corte. Era un buen sugeto en toda la extension de la palabra, jugador, bailarín, cazador, muy galante, muy voluble, y en extremo insolente... Habia ido á pasar tres semanas en las inmediaciones de Amboise, y vistó varias veces á Leonor en la iglesia, haciendo oracion, hermosa y pura como un ángel, y todo su orgullo y fatuidad se habian doblegado ante aquella adorable imágen. «Por fin, decia para sí, si algun día llega á ser condesa de Merolles, igualará en aristocracia á todas las grandes señoras á quienes escede en hermosura. El padre es sin duda... mas no pensemos sino en la hija; puedo cuanto quiero, y deseo que sea mi mujer; y si alguno no está contento, yo me encargo de disgustarle todavia mas.»

Riban contestó que su hija y él se conceptuaban muy favorecidos con la pretension del conde de Merolles. Fué á la quinta, y aunque Leonor no le tenia grande simpatia, como era reconocida, estaba segura de hacerle dichoso, y de rehabilitar los postreros dias de su padre: así es que se decidió francamente á seguir al conde de Merolles como Esther á Asuero. Por lo que hace á Mariana, triunfaba. Fijóse el día de las bodas; debian celebrarse en el palacio de Merolles, cuyo capellan bendeciria la union de los jóvenes esposos. El conde Roberto, en recompensa del bien que hacia, no pidió mas que una cosa, y fué que Leonor tomase el nombre de la familia de su madre; ella no queria, pero su padre lo exigió, y en el palacio de Merolles y en toda la sociedad del conde ya no la llamaron mas que Leonor de Kerouan.

La víspera de la boda, una parienta del conde Roberto fué á buscar á Leonor y su padre en un coche con cuatro mulas... Riban fué acometido instantáneamente de un ataque de gota, á que solia estar sujeto; los accesos le duraban por lo comun mas de tres semanas, sin que pudiera moverse ni sosegar, pero no ponian en peligro su vida. No quiso que por él se retrasase la ceremonia, y á pesar de las instancias de Leonor, ordenó que partiese.

—Señora, dijo á la parienta de Roberto, dispensadme el obsequio de servir de madre á mi hija; os la confío... dentro de tres dias me volvereis á traer la condesa de Merolles.

—Adios, padre mio, replicó Leonor con el corazón contristado y los ojos llenos de lágrimas... obedeceros es casi siempre mi dicha... y siempre mi deber. Mas permitidme que me acompañe Mariana; será mi doncella... no daría cabida en mi pecho á la esperanza, si esa querida jóven no estuviese á mi lado. Doctor, añadió dirigiéndose al médico que habian llamado, os recomiendo á mi padre, haced que

le asista esa buena hermana de la caridad á quien ya conoce... Adios, adios, padre mio, bendecidme aqui, pues que no podeis hacerlo al conducirme al altar....»

Los tres viajeros emprendieron la marcha. Mariana habia doblado y guardado con mucho esmero los adornos de boda, y Leonor reunió con sumo cuidado en una cartera su tesoro de poesías que llevaba siempre en el bolsillo de sus vestidos.

Cuando llegaron al frente del palacio de Merolles á las nueve de la noche, era un lunes del mes de mayo de 1775: la luna brillaba con todo su esplendor, y plateaba las almenas y la torre de aquella mansion gótica, que habia sido construida por la reina Blanca, segun decian los paisanos de la comarca, y hasta los habitantes de Saumur.

No hay nombre mas popular en Francia que el de la reina Blanca. Las nodrizas saben acerca de ella canciones con que adormecen á los niños, y cuando se despiertan, la primera palabra que balbucean despues de papá y mamá, es la de la reina Blanca; los marineros hablan tambien de esta reina, cuando por la noche se reunen en derredor de la lumbre que encienden en sus barcos: los leñadores os enseñan los viejos troncos sobre que se sentó la reina Blanca, y si preguntais á un postillon: ¿qué torre es esa que está arruinada?... os contestará: era el castillo de la reina Blanca: y lo mismo os repetirá en Auvernia, en Champaña, en Normandia, en el Artois ó en el Languedoc. La reina Blanca se encontraba en todas partes. Vivió diez años en cada uno de sus ochenta castillos ó palacios: estuvo casada y murió en no sé cuantas torres redondas y cuadradas. La reina Blanca es la historia de Francia para todas las mugeres honradas, y su número es bien grande: la reina Blanca es como un agradable fantasma que se presenta sin cesar á la imaginacion del pueblo. Por lo demas, no pregunteis en qué tiempo vivía, en dónde nació, de quién era hija, y si fué esposa y madre.... os contestarán, ¡es la reina Blanca!.... y esto basta.

Pero la reina Blanca, pasó principalmente los trece meses de su viudez en Melun, Clermont, Pau, Chantilly, Evreux, Dijon, etc.

Y no hay que dudarlo, porque de padres á hijos se ha conservado en aquellos lugares la tradicion de una reina vestida de blanco desde los pies á la cabeza, que lloraba y hacia oracion desde la aurora hasta el crepúsculo, y que por la noche, se paseaba aceleradamente por la plataforma de la torre grande, llamando al alma de su esposo, que no siempre acudia.

Y en efecto, todos tienen razon: en el fondo de los errores populares existe siempre una gran verdad. Las viudas de los reyes de Francia, durante muchos siglos usaron para luto el color blanco, como los reyes le llevaban de violeta. De ahí provienen todas las reinas blancas, que por un juego de palabras histórico, muy perdonable, han llegado á ser la reina Blanca, para los veinte y nueve millones setecientos noventa y dos mil ignorantes, que quedan todavia entre los treinta millones de franceses, para templar un poco el esplendor de las luces del siglo.

Si Blanca de Castilla, madre de San Luis, que murió en 1253, es la reina Blanca por excelencia, no olvidemos á Blanca de Borgoña, reina de Francia tambien, esposa de Carlos el Bello, que murió en 1326: ni á Blanca de Navarra, reina asimismo de Francia, segunda muger de Felipe de

Valois, que murió en 1398: ni á Blanca de Francia, reina de Bohemia, hija de Felipe el Atrevido, que murió en 1305: ni á la otra Blanca de Francia, reina de Castilla, hija de San Luis, y nieta por consiguiente de nuestra Blanca de Castilla, que murió en 1320: ni á Blanca de Borbon, otra reina de Castilla que murió en 1364: ni á Blanca de Artois, reina de Navarra, que murió en 1302: ni á Blanca, reina de Navarra, hija de Carlos III, rey de Navarra, que murió en 1441: ni á una tercera Blanca de Francia, hija póstuma del rey Carlos IV, casada con Felipe de Francia, duque de Orleans, que murió en 1392: ni á Blanca de Sicilia ó de Anjou, hija de Carlos de Francia, conde de Anjou, rey de Nápoles y de Sicilia, que murió en 1272: ni á Blanca, reina de Aragon, que murió en 1310: ni á Blanca.... pero esta es ya demasiada erudicion para explicar y motivar los extravagantes quisproquos de reinas Blancas, de que se hallan inundadas las treinta y dos mil cincuenta y seis municipalidades de Francia, de un modo de que jamás podrán salir de ellos: y para esparcir todas las dudas y oscuridad posibles sobre el origen del castillo de Merolles.

El hecho es, que era muy antiguo, muy gótico, muy imponente, y que estaba perfectamente conservado.

En cuanto el coche fué avistado desde lejos por un apostado ó vigilante situado en la gran torre, una numerosa cabalgata, con el conde Roberto á la cabeza, salió á escape por la calle de álamos llevando varios criados con hachas encendidas: cuando Roberto estuvo á la distancia de un tiro de pistola, echó pie á tierra, y por la portezuela presentó á Leonor un ramillete de las mas hermosas flores: luego volvió á montar en su caballo limosino, y con toda su comitiva fué escoltando el coche hasta el patio principal del castillo. No se hacia mas con las reinas Blancas. Bajáronse los puentes, y al punto resonaron las trompas de caza, y las armas de fuego de las aspilleras: luego se iluminaron espontáneamente todas las ventanas, y cruzaron el espacio multitud de cohetes.

Despues de un momento de descanso, sirvieron una cena verdaderamente régia. Leonor hizo presentes las excusas de su padre que fueron prontamente admitidas, y todos los caballeros manifestaban con sus miradas el buen gusto de Roberto y aprobaban sonriéndose la eleccion de su corazon. Concluida la cena, la tia de Roberto condujo á Leonor á su cuarto, y despidiéndose él de su prometida, hizo ensillar otra vez su caballo, por respeto y conveniencia, y fué á pasar la noche en un pabellon á dos leguas del castillo.

Leonor la pasó en oracion y conversando de su padre con Mariana.

—¿En qué consistirá, decia, que rodeada de tanta felicidad y esplendor no estoy contenta?... ¡Ah!.... sin duda es porque no está aqui mi buen padre, y sin él, todo es nada para mí.

—Pero dentro de tres dias le abrazareis, la contestaba Mariana, y luego le tendreis con vos toda la vida, porque así lo ha prometido el conde Roberto. Dejará su quinta para habitar en vuestro palacio.

—Mariana, querida Mariana, necesito mucho esa seguridad, porque una felicidad que mi padre no partiese conmigo, seria para mí el mayor de los infortunios.... si no debiera verle á cada instante, quisiera que la muerte cerrase mis ojos. ¡Ah! ¡qué fatalidad que ese marqués de

Luxeul haya envuelto en su ruina á mi buen padre! Este pensamiento me atormenta continuamente.

—Pero cuando todo se repara por otro lado, respondia Mariana, ¿por qué os habeis de crear fantasmas lúgubres? Yo empleo mejor mi imaginacion.

—Estoy loca á fuerza de razon, dijo Leonor, desechando sus tétricas ideas.

Y las dos jóvenes se durmieron como dos palomas fatigadas.

La mañana del dia siguiente se empleó en una gran carceria en el bosque. Leonor obtuvo el perdon de tres ciervas y de un jabali, con la diferencia de que quiso se concediese entera libertad á las ciervas, y que el jabali fuese condenado á encierro perpétuo. Su clemencia era muy justa.

El matrimonio debía verificarse á media noche en la capilla del castillo, y por la tarde y primeras horas de la noche todo se volvió música y juegos de varias clases. Toda la nobleza de las inmediaciones habia sido convidada, y era muy divertido el ver llegar á las damas y señoritas, á sus hermanos y maridos en hacaneas ó en literas. ¡Cuántas figuras ridiculas echaban pie á tierra en el zaguan! Era necesario ver las extravagantes reverencias, las sonrisas y los cumplimientos hipócritas. En el fondo todas las mugeres estaban furiosas, y no perdonaban á Leonor su enlace. Si se quitase la envidia y la cólera del corazon de la mayor parte de las gentes que hacen cumplidos, no quedaria en él gran cosa.

Ya no faltaba mas que el vizconde de Mayret, íntimo amigo de Roberto, y uno de los testigos. Principiaba ya á inquietar su tardanza, cuando se le vió venir al galope acompañado de otro caballero.

—Mi querido conde, dijo á Roberto, perdonad mi retraso: en el momento en que iba á ponerme en camino, se ha apeado en mi casa el joven baron de Valbelle, que está aquí presente y viene de España. Las relaciones que unen á nuestras familias son muy antiguas, y he creído que permitirais el que le trajese conmigo. La felicidad es muy indulgente, y la señorita de Kerouan... la señora de Meroles, añadió saludando á Leonor, me perdonará tal vez esta indiscrecion.

—No os perdonaremos, respondió Roberto, pero os daremos las gracias. Y los dos recién llegados se mezclaron con la concurrencia que ocupaba los salones.

Organizáronse las conversaciones, y el joven baron de Valbelle, tomó en ellas una parte activa y modesta. Leonor quedó asombrada de los nobles sentimientos que manifestaba, y de lo poético de su imaginacion. Tampoco se escaparon al extranjero algunas palabras de marcada distincion pronunciadas por Leonor. ¡El nivel de las almas y de las inteligencias se establece tan pronto!...

Hacia las once de la noche, Leonor se retiró á su cuarto con Mariana para completar su adorno nupcial. Al pasar ambas por un corredor del primer piso, oyeron voces en una habitacion inmediata, que pronunciaban con vivacidad los nombres de Riban y de Leonor. Era el conde Roberto que se preparaba tambien para la ceremonia, y que conversaba con tres ó cuatro de sus amigos mas elegantes. Como seguian repitiendo los mismos nombres, y una risa equivocada habia acompañado al de Riban, las dos jóvenes se escondieron en un rincon oscuro que allí habia, y aplicaron el oido.

—Seguramente, mi querido conde, decia una voz, obrais á las mil maravillas: Leonor es encantadora, y por semejantes bellezas es preciso hacerlo todo... hasta el casarse. En cuanto á Riban eso es menos alegre; ¿cuando saldreis de él? En verdad que tan preciosas jóvenes no deberian tener padre, y sobre todo padres de esa clase. (Risa general.)

—Pues qué, respondió Roberto, ¿creéis que no he pensado en eso? ¿Qué se diria de mi en la corte, si me viesen con semejante suegro? toda buena figura es de nacimiento noble. Leonor marchará de frente con las duquesas: ademas llevará mi nombre, y su madre se llamaba Kerouan. La cosa puede arreglarse, y ademas la amo.... pero mi amor no llega hasta sufrir y aceptar al padre.... Ella cree, porque yo se lo he prometido, que Riban vendrá patriarcalmente á vivir con nosotros.... ¡Ah, ah, ah!... pasado mañana iremos á hacerle una larga y abrumadora visita de dos horas, despues de la cual declararé á mi muger que marchamos á Italia, y que á la vuelta nos ocuparemos de arreglar *los asuntos de familia*.... Volvemos de Italia y no hacemos nada: la condesa de Merolles, arrebatada por el torbellino de los viages y del gran mundo, no pensará ya en reclamar nada. Por otra parte yo compondré perfectamente las cosas. Riban recibirá una buena suma que le facilitará el vivir á su gusto, que es muy sencillo, en cualquiera poblacion pequeña, en donde le será adsequible encontrar con quien jugar una partida por la noche.... Su hija, si lo desea, podrá irle á ver de cuando en cuando, pero yo no pienso incomodarme... de este modo, me parece que habré ejecutado una accion brillante de amor, sin comprometer mi dignidad ni mi nobleza.

—¡Bravo! ¡bravo! gritaron las demas voces.

Leonor y Mariana, á cada palabra de aquella conversacion, se apretaban la mano con estupor, y su corazon palpitaba con violencia: mas al oir que Roberto se disponia á salir con sus amigos, se dirigieron con presteza y sin ruido á su cuarto. Allí Leonor se dejó caer sobre un canapé como anonadada, y luego levantándose de repente con la altivez de la dignidad ofendida, y el valor del amor filial:

—Mariana, dijo, jamás seré la esposa del conde de Meroles, de ese indigno, cuyos malos sentimientos me denunciaba una voz secreta.... Y sin embargo, dentro de una hora... no quiero escándalos, ni escenas de efecto.... Sola aquí no tendria fuerza para combatir.... no me faltará para huir....

—¿Huir, señorita, y cómo? Oid, os llaman, vienen á buscaros: no podriais sin ser vista atravesar las puertas del castillo... ademas, á esta hora están levantados los puentes.

—Todo lo he previsto y pensado mientras escuchaba esas horribles palabras; ven, y no te asustes.... las tortolillas y las ciervas no son tímidas cuando defienden á sus hijuelos. Padre mio, bondadoso padre, ¿me atreveria á menos por tí?

Entonces poniéndose apresuradamente su velo volvió á bajar, entró donde se hallaba la reunion, y procuró componer su ademan y su semblante. En cuanto divisó al joven baron de Valbelle:

—Caballero, le dijo Leonor á media voz, tengo que pedir un favor inmenso. Id á ese gabinete solitario que da á los fosos: yo seguiré vuestros pasos, ¡y silencio!

El joven obedeció sin vacilar, y Leonor le siguió con Mariana.

—Caballero, le dijo, los instantes son preciosos: vos te-

neis los sentimientos de un verdadero francés; lo he visto. Me confío á vuestro honor.... Ya no podria sin oprobio ser la esposa del conde de Merolles.... Ya sabreis por qué. Una pronta fuga es lo que únicamente puede librarme de él.... Las puertas y salidas del castillo me están obstruidas. No tendria mas esperanza que arrojarle por ese balcon á los fosos llenos de agua.... Pero sola con mi amiga, nada puedo.... mirad.... reflexionad.... ¿podeis y quereis socorrerme?....

—Señora, mandad, y sereis ciegamente obedecida: me conceptúo digno de la confianza que me manifestais, y del honor que me dispensais. Manteneos con esa señorita junto á este gabinete, y antes de un cuarto de hora ya estaré debajo del balcon. Tres palmadas serán la señal: acudid entonces, y yo me encargo de lo demas.

Y volvió á entrar precipitadamente en el salon: luego salió por la puerta del castillo que daba al patio principal.

Leonor y Mariana aguardaban con ansiedad mezcladas con los grupos de los convidados: la aguja de la gran péndola avanzaba.... mas por fin se oyó la señal. Pasaron con rapidez al gabinete, á cuya puerta corrieron el cerrojo, y se asomaron al balcon. Abajo habia un caballo metido en el agua hasta el pecho y bebiendo con ansia, mientras que su ginete, de pie en los estribos y todavia con su traje de gala, levantaba los brazos para recibir á Leonor, que se deslizaba suavemente encomendándose á su ángel custodio: Mariana al mismo tiempo, imprimia un tierno y respetuoso beso en su mano fugitiva. La luna iluminaba con un cariñoso rayo aquel virtuoso rapto, aquella fuga heroica....

Los tres personajes formaban un cuadro como el que en sus sueños suelen crear los pintores y los poetas.

—Venid, venid, señora, dijo en voz baja el caballero voy á colocaros á algunos pasos de aqui en la orilla de los fosos, en un sitio acomodado, volveré á buscar á vuestra compañera, y entonces nos dirigiremos á donde mandeis....

Ya están los tres caminando por los campos.

—Hacednos el obsequio, caballero, de conducirnos hasta el pueblecito mas inmediato: alli encontraremos algun carruaje, y concluiremos solas nuestro viage, pero no sin el grato recuerdo de vuestro generoso auxilio y proteccion.

El baron habia hecho que las dos mugeres montasen en el caballo que llevaba él de la brida, hablando de las causas que habian dado lugar á aquella fuga, de la que Leonor refirió cuanto la era licito contar sin decir su verdadero nombre, y de este modo llegaron al pueblo de***: alli se dirigieron inmediatamente á la casa de postas, y pudieron conseguir una silla. Cuando las dos viageras se vieron instaladas ya en ellas con un anciano y buen conductor, Leonor, dijo adios á su protector, con el gesto y con la voz.

—¿No podré al menos, señora, saber dónde vais, y á quién he tenido el honor de socorrer?.... dijo con timidez el baron.

—Algun dia lo sabreis, caballero.... bien pronto.... Mi padre escribirá al amigo que os ha presentado, cuyo nombre y residencia me son conocidos, é incluiré en ella para vos una carta, cuyas espresiones de gratitud saldrán del fondo de mi corazon.... Adios: el cielo os bendiga....

Despues dijo por lo bajo algunas palabras al conductor, y el carruaje partió con velocidad.

Sin embargo, al tiempo de subir á ocupar su asiento Leonor se la cayeron del bolsillo algunos papeles sin que

nadie lo advirtiese. El baron los recogió despues de la marcha completamente distraido.

—¿Qué angel de amor filial!.... decia entre sí mismo: ¡dichoso padre!.... ¡Mucho mas feliz que lo será su esposa!....

Mas de repente se estremeció, palideció, y con la mayor inquietud lanzó un grito de júbilo.... ¿qué habia visto en los papeles que tenía en la mano?.... Dios sabe: mas lo cierto es, que volvió á montar á caballo y comenzó á seguir al carruaje procurando alcanzarle. Al mismo tiempo que volaba, parecia combinar en su imaginacion mil circunstancias.... Por fin se acercó á la silla y....

—¿Señorita de Riban?.... gritó.

—¿Quién me llama?.... respondió Leonor.

—Señorita de Kerouan, continuó sonriéndose, hé ahí unos versos que se os han caído del bolsillo.

Los arrojó en el carruaje y desapareció.

Leonor se quedó estupefacta.

—¿Cómo me llama señorita de Riban cuando solo me ha oído llamar con mi apellido de Kerouan?.... Estos papeles no contienen mi nombre.... ¿Quién es, pues, él?.... Ese título de Valbelle me es enteramente desconocido....

Y se perdía en conjeturas, mientras el postillon avisaba á los caballos con el látigo y la voz, porque apenas podian ya andar.

El conde Roberto de Merolles recibia al mismo tiempo un billete de Leonor, escrito en la casa de postas mientras enganchaban el carruaje, que un zagal quedó encargado de llevar: el billete estaba concebido en estos términos:

«Señor conde.

«Huyo de vuestro castillo y rompo la gloriosa union con que me brindábais con tanta generosidad, y que nunca olvidaré. Pero acordaos de la conversacion que habeis tenido en vuestro cuarto hace algunas horas.... y juzgad si la hija de Mr. de Riban, podria sin cometer un crimen, llegar á ser la esposa del conde Roberto de Merolles.

LEONOR.»

El castillo se hallaba en el mayor desórden y consternacion cuando llegó aquel billete: el conde Roberto despues de abrirle despidió á sus huéspedes sin darles ninguna explicacion... su corazon rebotaba de rabia y solo pensaba en la venganza.

Dejémosle con aquellas funestas disposiciones, y volvamos á Leonor. Acercábase ya á la quinta y vió á la puerta á la buena hermana de la caridad....

—¿Y mi padre?...

—Está mucho mejor, contestó la hermana; pero no puede todavia andar... Venid, venid, vuestra vista le reanimará.

Leonor se abrazó al cuello de su padre. ¡Cuántas cosas tenia que contarle, desde aquella horrorosa conversacion hasta su fuga, y el misterioso baron de Valbelle!... Riban lloraba de sentimiento, de alegría, de admiracion... en fin, de todo cuanto hace llorar.

Diez dias trascurrieron de este modo entre tristezas y ternura, sin que ocurriese ningun acontecimiento exterior... Apenas comenzaba á rayar el undécimo, cuando

unos alguaciles intimaron á Riban que dejase la quinta, y embargaron todos los bienes muebles para pago de arrendamientos atrasados que no le habia sido posible satisfacer... Habia ocultado á su hija aquella circunstancia... Pero lo que él mismo ignoraba, era que el conde Roberto de Merolles habia comprado la finca á peso de oro, al día siguiente de la frustrada boda, y á su instancia se habia expedido aquel mandamiento... Cuando estaban desempeñando su inhumana comision, entre las lágrimas de Leonor y de Mariana, y el silencioso é inmóvil dolor del pobre gotoso, se oyó el chasquido del látigo de una silla de posta, y un minuto despues entró en la habitacion el baron de Valbelle gritando:

—Amigos míos, yo soy el hijo del marqués de Luxeul, á quien he perdido hace un año... Ardiendo en deseos de rehabilitar su memoria, y de pagaros su deuda, generoso y admirable Riban, llegué á Francia con un nombre supuesto, porque el mío estaba todavía proscrito; he visto, apreciado en lo que vale, y ayudado en su noble y peligrosa evasión á la señorita Leonor de Kerouan; luego, por las poesias que se la cayeron del bolsillo, y por algunos otros indicios, he creído reconocer en ella á la señorita de Riban, la he llamado con este nombre y me contestó... La esperanza me ha dado alas; he corrido á París con mas celeridad de lo que yo mismo pensaba; he visto al cardenal-ministro, le he presentado las pruebas de la inocencia de mi

padre... le he recitado versos y he escuchado los suyos: acaba de fundar la Academia francesa, su orgullo queda satisfecho y se encuentra de muy buen humor. En una palabra, ha restituido el honor al nombre de mi padre, y todos sus bienes á su hijo; es decir, un valor cuatro veces mayor que vuestro crédito, cuya suma ya he realizado; hé aquí esta cartera que la contiene. Tomadla, caballero Riban, y perdonad á mi padre los disgustos que os ha ocasionado y que han producido su muerte.

En cuanto á vosotros, señores, dijo á los alguaciles, ya nada teneis que hacer aquí; hé ahí lo que se os debe, en buena moneda, y Mr. de Riban dejará la quinta espontáneamente...

—Ahora, si esta señorita se digna admitir por esposo al que llamaba su libertador, viviremos los tres juntos... los cuatro, repuso sonriéndose y mirando á Mariana, en mi palacio de Luxeul. Perdonadme que precipite así las cosas, pero cuando uno ha sido desgraciado doce años, no se quiere perder un momento para conseguir la felicidad.

Leonor miró con ternura á su padre.

—¡Abrazadme, hijos míos!... exclamó éste.

—¡Cuando yo os lo decia!... replicó Mariana; y luego los sollozos de placer sofocaron su voz.

¿Fueron largo tiempo dichosos? no se sabe; pero seguramente lo fueron siempre.

ESTUDIOS ARTISTICOS.

LOS HERMANOS LE NAIN,

PINTORES FRANCESES DEL SIGLO XVII.

Tres artistas con el nombre de Le Nain han producido en Francia á mediados del siglo XVII, obras de un carácter tan particular, que no es posible confundirlas ni atribuir las á otro nombre. Sencillez, estudio constante de la naturaleza y de la verdad, tales son los signos por los cuales se distinguen los cuadros que salieron de su taller, y estas cualidades son todavía mas notables en una época en que Vernet y Lebrun enseñaban á sus contemporáneos un estilo puramente convencional. Los hermanos Le Nain produjeron cuadros de géneros muy diversos: cuadros históricos, retratos, escenas domésticas ó de la vida campestre, paisajes; todos en fin, conservan un aire de parentesco irrecusable, todos ofrecen la misma sencillez de ejecucion, el mismo tono de claro-oscuro, la misma observacion de los detalles; la misma imitacion de la naturaleza llevada hasta la mas escrupulosa exactitud. Pero así como es imposible no reconocer desde un principio la mano de los hermanos Le Nain cuando nos hallamos delante de uno de sus cuadros, también no es posible atribuir este ó aquel cuadro á uno de los tres artistas que han llevado el mismo nombre.

La inesplícable indiferencia de los primeros historiadores del arte francés, nos sumerge, acerca de este particular en la mas completa incertidumbre, sin que hasta ahora

se sepa con certeza nada respecto á la vida de estos artistas.

Felibien, Roger de Piles y Florent Le Comte se limitan á decir en pocas palabras, que los hermanos Luis, Antonio y Mateo Le Nain, eran de Laon, que pintaban cuadros históricos, paisajes y retratos, pero de una manera poco noble, representando con frecuencia asuntos pobres y tabernarios.

Dargenville, en su *Compendio de la vida de los pintores*, dice menos todavía, pues se contenta con nombrarlos en el prefacio del tomo que encierra la escuela francesa; y no se hubiera tenido la menor noticia de estos pintores, sin las infatigables indagaciones de un tal Mariete, que ha revelado algo mas acerca de los hermanos Le Nain. Por este Mariete se sabe que nacieron en 1588 Antonio y en 1593 Luis, y que Luis falleció el 23 de mayo de 1648 y Antonio el 22 de mayo del mismo año.

La comida de familia que reproducimos en el adjunto grabado, formaba parte del gabinete del duque de Choiseul, cuyo cuadro fué vendido en 2,300 libras en 1772. Un cuadro semejante se encontraba en el gabinete de un tal Poullain, y el catálogo redactado por el célebre apreciador Lebrun, nos revela una circunstancia bastante curiosa; asegura que todas las cabezas de dicho cuadro eran retratos de la familia de Poullain. Escogemos este cuadro con preferencia al que hemos visto en el Louvre, que representa al herrero al lado de la fragua, porque nos patentiza una de las partes menos conocidas del talento de los hermanos Le Nain.

Esta composicion, segun nuestro juicio, puede compararse á lo que han producido de mas notable los grandes maestros de la escuela flamenca. Reune á la fuerza y á la verdad de un Ostade ó de un Craesbecke, la gracia y la precision de Callot y de Abraham Bosse. Todo el conjunto de la composicion, tiene un carácter de verdad que es difícil sobrepasar.

La circunstancia que contribuye á que sepamos tan poco de las obras de los hermanos Le Nain, es que ninguno de sus cuadros, ninguno de sus retratos se han grabado en su época.

Por aquel tiempo los cuadros de estos artistas franceses fueron buscados con afan por los mas célebres aficionados, y colocados al lado de las obras maestras de todas las escuelas. El gabinete del principe de Conti, vendido en 1777, poseia siete cuadros de los hermanos Nain, entre los cuales estaba el herrero al lado de la fragua, de que ya hemos hablado, y que fué vendido en 2,460 libras, y que forma hoy parte de la inmensa coleccion del Louvre; y un artista en su taller pintando un retrato, cuadro que se halla actualmente colocado en la galeria real de Schleissheim, cerca de Munich.

Mr. Champfleury, en un ensayo publicado recientemente sobre la vida y las obras de los hermanos Le Nain, nos revela la existencia de un documento inédito; y dice asi: «Luis y Mateo Le Nain eran parientes de Gilles Le Nain, padre vicario de la parroquia de San Pedro el Viejo, que

murió en 1678. Estos hermanos, eran los tres hábiles pintores. Los dos últimos sobresalian en los cuadros de historia y en el paisaje. Florent Le Comte nos dice que eran naturales de Laon, pero nos deja ignorar el año de su fallecimiento: acaso no lo sabria.» Las memorias manuscritas de Mr. Lelen, sobre la ciudad de Laon, nos manifiesta que los tres hermanos, de caracteres distintos, se formaron en Laon por un pintor extranjero, que les dió los elementos de la pintura durante el espacio de un año. Seguidamente se trasladaron á Paris, á fin de perfeccionarse viviendo los tres en una misma casa. Antonio, que era el mayor, fué recibido pintor el 16 de marzo de 1629, en la abadía de San German des Prés por el señor Pautin, abogado que era de aquél bailio. Sobresalia Antonio en la miniatura y en los retratos al óleo. Tanto éste, como sus otros dos hermanos fueron recibidos el mismo dia en la Academia real de pintura y de escultura: sus cartas de recepcion aparecen fechadas en 1.º de mayo de 1648, y firmadas por el célebre Lebrun. Dicen que Luis, estando haciendo el retrato de la reina madre, el soberano Luis XIII que se hallaba delante exclamó: «Jamás ha sido pintada la reina con tan hermosa luz.» Se atribuyen á estos tres hermanos una infinidad de cuadros que se encuentran en la ciudad de Laon.

Es cuanto ha podido saberse respecto á la vida de estos tres aventajados artistas franceses.



Escenas de familia: copia del cuadro de los hermanos Le Nain.

GLORIAS DE ESPAÑA.



La batalla entre Jesucristo y Mahoma no puede ser dudosa un momento, ni tampoco la victoria.—Pág. 462, col. 2.ª

LA TOMA DE ORAN.

I.

Largos años de sangrienta guerra habia costado á los españoles el lanzar á los moros de la Península y confinarlos para siempre en aquellas costas de Africa de las que los árabes, sus abuelos, habian pasado ocho siglos antes á inundar, como devastador torrente, las fértiles campiñas españolas. No bastaba, sin embargo, tener á la morisma aterrada allá en el fondo de sus abrasadoras arenas: era forzoso el proseguir por vanagloria y porfia la contienda ya empezada, vengar de una vez tantos ultrages y, atacando á los infieles en el mismo corazon de Africa, hacerles perder para siempre la esperanza de recobrar el nunca olvidado suelo de la Península. Llevar las armas españolas á las costas del Africa habia sido el pensamiento dominante de los reyes Católicos, y cada vez que llegaban á España las

nuevas de las humillaciones y mal trato que los infieles hacian sufrir á los cristianos cautivos, se renovaba el deseo de acabar de una vez con aquellas guaridas de piratas. Mas todavia se encendieron los ánimos despues de aquella desastrosa jornada en la que pereció en Africa, Rodrigo Diaz, lugarteniente de Mazalquivir, y en la que perecieron con él ó quedaron cautivos, otros muchos señores de importancia. Los que pudieron escapar y trajeron á España tan infaustas nuevas, al dar de ellas cuenta con profundo sentimiento, escitaron el entusiasmo general; pero entonces hallábanse las fuerzas de España divididas en varios puntos, y el rey Católico don Fernando, empeñado en guerras y tambien en tratados con Portugal é Inglaterra que no le permitian disponer de todas sus fuerzas. Por fortuna existia entonces un hombre de tan elevado genio, como ánimo resuelto, el cardenal Fr. FRANCISCO JIMENEZ DE CISNEROS, y este varon magnánimo, no solo concibió el proyecto de una expedicion al Africa, sino que la quiso costear á sus expensas, y lo que es mas todavia, pasar á dirigir por sí

TOMO IX.

21

mismo una empresa tan gloriosa. Era entonces Cisneros el personaje de mas prestigio en España, á pesar de haber nacido en humilde cuna, de haber sido perseguido y encarcelado, y de haber abandonado al mundo para retirarse á los desiertos del Castañar y de la Salceda, vistiendo el pobre hábito de la órden de San Francisco. Pero precisamente cuando á pie y pidiendo limosna visitaba todos los conventos de la órden, cuando se disponia para pasar al Africa, como ardiente misionero en favor de la fé católica, le fué pronosticado desistiria de su propósito, pues Dios le tenia reservado para mayores empresas. Este pronóstico se cumplia el 16 de mayo de 1509 en que Jimenez de Cisneros, arcipreste de Uceda, vicario de Sigüenza, guardian de su convento, provincial de su órden, confesor de la reina Isabel la Católica, y despues arzobispo de Toledo, cardenal y gobernador de Castilla, salia del puerto de Cartagena con una armada de ochenta velas y tropas escogidas, á cuyo frente iba el conde Pedro Navarro. Ascendian las fuerzas á unos diez mil infantes, cuatro mil ginetes y cerca de mil voluntarios, siendo costeada toda la expedicion por el cardenal que consumió en ella sus rentas y las pingües del arzobispado, por no gravar en nada al Estado. El designio de aquellos valientes era fijar el pendon de Castilla en los muros de Oran, que era entonces la mas formidable y la mas abastecida de las plazas moriscas en la costa de Africa.

II.

La armada con viento favorable prosiguió su rumbo, hasta entrar en el golfo en cuyo fondo se descubria á Oran y á sus colinas cargadas de lozana vegetacion. El aspecto de la plaza y de sus cercanias era de lo mas pintoresco: aquella arquitectura morisca con sus soberbios minaretes que se apoyaban y alzaban sobre restos de fortificaciones antiguas; aquellos terrados que se escalonaban en vasto anfiteatro por la falda de las colinas, ofrecian desde lejos un buen golpe de vista, realzado con los frescos jardines del contorno, en los que crecian multitud de higueras, limoneros, naranjos y otros árboles cargados de fruto: hasta los vallecitos y los barrancos que se formaban entre las colinas estaban llenos de árboles y de verdor, y el movimiento de alguna cascada y la caída de algun arroyo por la grieta de un ruinoso acueducto, aumentaban el efecto de este paisaje.

Era preciso hacer rumbo hacia Mazalquivir, donde en el 17 de mayo de 1509 ya estuvo todo pronto para el ataque de Oran. Ahuyentados á ella todos los moros de la campiña, dispúsose el asalto de la plaza, á cuya operacion habian de concurrir las tropas de mar y tierra; pero los gefes de ellas llegaron á murmurar públicamente de la intervencion del cardenal en todas las operaciones militares en las que se veian obligados á obedecerle. Hasta el mismo conde Pedro Navarro tenia que acordarse que era español antes que todo, para tolerar el verse subalterno de un *fraile*, como le llamaban por mofa algunos descontentos lenguaraces del ejército. No hacia caso de semejantes hablillas el magnánimo Cisneros, ni menos pudieran hacerle desistir de su propósito, á él, cuyo genio no podia ser secundario en ninguna parte y que ademas era el alma de toda aquella empresa, cuyos gastos habia sufragado y á la que muchos le seguian voluntariamente por solo el prestigio de su nombre. Por lo

mismo, conociendo cual era en los pueblos la influencia religiosa de la época, se presentó al frente de las tropas en el momento mismo del ataque, montado en un brioso caballo y revestido de todas sus insignias y hábitos pontificales. Su presencia electrizó los ánimos de los soldados, que prorumpieron unánimes en vivas y aclamaciones. Nunca en los fastos militares de la España, ha faltado el sacerdote de lado del guerrero, y mas en aquellas expediciones mas bien religiosas que políticas, en las que el pensamiento dominante al conquistar una ciudad, era libertar á los fieles que gemian bajo el yugo mahometano, purificar una mezquita y trasformarla en iglesia consagrada al culto cristiano. El soldado que desfallece á vista del peligro, se anima con el fuego del mas santo entusiasmo, cuando un ministro de su Dios le anuncia la recompensa prometida al heroismo religioso y patriótico.

Paseó el cardenal por todo el frente de batalla, enardeciendo á los soldados con sus sentidas palabras:

—¿No deseábais, les decia, que os trajese á estas playas para vengar tantas afrentas como á los cristianos han hecho aquellos crueles enemigos? Pues bien, ya os he traído para tan magnánima empresa, para defender la causa de Dios, y asegurar para siempre las costas de nuestra patria. Yo tambien vengo á pelear, y en caso necesario, á morir con vosotros.

Como en efecto el anciano, pero animoso Cisneros, diese muestras de marchar á la cabeza de las tropas, se arrojaron á impedirselo los valientes capitanes que las dirigian, y de todas las filas salió un grito que espresaba tanta admiracion como interés por tan heroica conducta. Cedió, pues, el cardenal á las instancias de todos: subió á una eminencia, desde la que pudo contemplar á su satisfaccion todo el ejército, y bendiciéndole con toda la efusion de su corazon, se retiró á la capilla de San Miguel del castillo de Mazalquivir, donde pensaba permanecer, cual otro Moisés, en fervorosa plegaria por todo el tiempo del combate.

III.

La empresa mas árdua no era tanto la de asaltar á Oran, como la de posesionarse de unas alturas, situadas entre aquella plaza y la de Mazalquivir; alturas coronadas por una numerosa é insultante morisma. Como que esta se iba reforzando continuamente con los numidas que venian del interior, el conde Pedro Navarro llegó á temer un mal éxito en aquel primer encuentro, y fué á consultar con el cardenal lo que deberia hacerse. Cisneros, casi indignado, le contestó:

—La batalla entre Jesucristo y Mahoma no puede ser dudosa un solo momento, ni tampoco la victoria; id, conde, y pelead, que yo os la prometo en el nombre del Señor.

Era tanta la audacia de los infieles, que solos ó en pelotones bajaban de las colinas á caer como rabiosas fieras sobre los españoles, haciendo algunas victimas y llevándose sus cabezas con grande algazara, sin que su atrevimiento pudiera ser castigado por la órden terminante que los españoles tenían de no separarse de las filas; pero llega por fin el suspirado momento del ataque, las trompetas hacen la señal de la batalla, y el grito de guerra se exhala unánime y esforzado de todos los pechos.

Cuatro columnas avanzan al mismo tiempo, mientras

que la artillería convenientemente situada, empieza sus disparos, á los que responden los de las galeras y otras naves que bombardean la ciudad, acercándose á la costa y distra- yendo á los moros para facilitar el ataque de las alturas. Fueron estas defendidas con el mayor teson, pero las huestes españolas, á pesar de la aspereza del terreno, y despreciando así el diluvio de flechas que sobre ellas caía, como las piedras enormes que bajaban rodando, lograron poner el pie en la cumbre, y en aquel mismo punto los moros fueron arrollados, quedando allí tendidos los que osaron resistir. La artillería avanzaba de eminencia en eminencia, arrasando con sus certeros disparos los jardines, casas de campo y edificios aislados en que los moros pensaban guarecerse. Difícil fué ya contener el arrojé de los españoles: la caballería que pudo maniobrar en la llanura, siguió á los enemigos hasta las mismas puertas de Oran, y tanto, que no se atrevieron á abrirlas por temor de que los españoles entrasen en la plaza mezclados con los fugitivos, perdiendo así la guarnición un gran refuerzo que disperso y consternado fué á refugiarse en el interior, conteniendo é intimidando con su vergonzosa derrota á las numerosas huestes africanas que del interior acudían incesantemente á la defensa de la ciudad sitiada. Al llegar á los muros de esta, era tal el entusiasmo de las tropas, así de las de tierra que ya iban encarnizadas en el combate, como de las de mar que precipitadamente desembarcaban, que aun sin esperar las escalas y útiles del asalto, se arrojaron á porfía á las murallas, y con ayuda de las lanzas empezaron á escalarlas. Distinguiase por su temerario arrojé la compañía de guardias del cardenal, y el capitán de aquellos valientes, llamado Sosa, fué el primero que puso el pie en la muralla, y tremolando el estandarte con las armas de Cisneros, gritó:

—¡Victoria por el arzobispo!

—¡Victoria por España!

Así contestaron por todas partes, pues casi al mismo tiempo seis banderas cristianas ondeaban en las murallas, y los soldados, dueños ya de las puertas, entraban por todas partes. En vano algunos moros quisieron oponer desesperada resistencia en algunos edificios y mezquitas: solo sirvió esto para enardecer mas al soldado que todo lo arrolló sin dar cuartel, empezando un degüello y saqueo horro- rosos, á los que no pudieron poner término ni las mismas tinieblas de la noche. Solo los prisioneros pudieron salvarse, pues los pocos habitantes que lograban escapar de la ciudad, eran asesinados en las inmediaciones por las mismas tribus árabes apostadas para robar, así á amigos como á enemigos. Acaeció este memorable suceso el 20 de mayo de 1509 y al amanecer del día siguiente, restablecido algún orden en la ciudad y rendidos los moros que se habían encerrado en las mezquitas, entró en ella en triunfo el cardenal Jimenez, y precedido de la cruz arzobispal de Toledo, se dirigió á la alcazaba, cuyo gobernador se había empeñado en no entregar las inmensas riquezas que allí se hallaban, las llaves de la plaza y las de las mazmorras donde gemían los cautivos, mas que al mismo arzobispo ó alfaquí cristiano. El arzobispo generoso con todos en la repartición del botín, y rodeado del prestigio que aquella memorable jornada le prestaba, era vivamente aclamado por las tropas y los cautivos que por todas partes se precipitaban á su encuentro, descubriéndose bien en su rostro el

júbilo de que estaba poseído, por mas que con cristiana modestia disimulaba su satisfacción y contenía á sus soldados, diciéndoles:

—No es mi nombre, hijos míos, sino el santo nombre de Dios el que ahora se debe ensalzar.

IV.

A las cuatro de la tarde del 28 de febrero del año de 1498 salió del convento de San Francisco de Alcalá de Henares la reverenda comunidad, precedida de la cruz conventual y acompañada de cuantas personas notables habia en la ciudad. Las autoridades concurrían también á la ceremonia, acompañando al cardenal Cisneros que re- bosando de gozo y revestido de pontifical se adelantaba á realizar su proyecto favorito. Llegada la comitiva á un anchuroso campo que habia frente á la iglesia y en el que se hallaban hechos grandes preparativos para un vasto edificio, el arquitecto que le dirigia, llamado Pedro Gumiel, delineó lijamente el plano sobre el terreno. En uno de sus ángulos y por la mano misma del prelado fundador se colocó la primera piedra, en la que, segun costumbre, se encerraron las medallas, monedas y documentos alusivos. Pocos años despues en 26 de julio de 1508 se verificó la inauguración de este vasto edificio ó sea la universidad de Alcalá de Henares; emporio de las ciencias, cuya celebridad ha llegado á ser europea: universidad que en sus diez y ocho colegios, particularmente en el llamado colegio mayor de San Ildefonso, donde luego se depositaron las cenizas de fundador, ha dado tantos hombres ilustres á las diferentes carreras del Estado. Esta antigua y esclarecida fundación del cardenal Jimenez de Cisneros es la que en nuestros dias ha servido de tipo y de núcleo para la formación de la universidad literaria de Madrid, establecimiento que aun naciente, ya se mostró fiel á los grandiosos recuerdos y nobles tradiciones de Alcalá.

A aquella nobilísima universidad, objeto constante de la predilección del cardenal Cisneros, quiso regresar triunfante despues de su victoria de Oran. Fué un verdadero triunfo comparable con los mas celebrados de la antigüedad la entrada del cardenal en Alcalá. Escortados por las huestes victoriosas, marchaban los esclavos moros, mientras que otros conducían infinitos objetos, armaduras, y utensilios de las mezquitas. También venían camellos cargados de botín, en el que figuraban como de importancia rara los libros árabes de medicina, astrología y otras ciencias con que iba á enriquecerse la biblioteca de la universidad. Las llaves de las puertas de Oran eran conducidas en bandejas, y ostentábase también el humillado estandarte de tafetan carmesí que antes tremolara ufano en lo alto de las murallas enemigas. Sin embargo, apenas iban allí mas que los objetos que por su rareza, por su mérito artístico ó por sus gloriosos recuerdos, queria el cardenal conservar en su ciudad y en su obra predilecta. pues mal pudieran allí figurar los sesenta cañones de grueso calibre, las armas de toda clase, los ocho mil prisioneros, y los quinientos mil escudos de oro que se cogieron en la toma de Oran.

Al cruzar las ciudades de España el cardenal Jimenez de Cisneros, de regreso de su victoriosa expedición y enriquecido con los despojos de bárbaros enemigos, las poblaciones enteras salían á celebrar su triunfo. No se le erigie-

ron arcos que con magnificencia perpetuasen la memoria del vencedor; pero atravesó por entre las muchedumbres entusiasmadas que le aclamaban con alegría, y escuchó las acciones de gracias de toda la España por un hecho tan glorioso á solo su magnánimo carácter debido y que en tanta ventaja redundaba de toda la monarquía.

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.

COMUNIDADES DE CASTILLA (I).

HISTORIA.

A un mismo reinado pertenecen la union de castellanos y aragoneses, el término de la lucha contra los sarracenos, el descubrimiento del Nuevo Mundo, la conquista de Navarra, sucesos todos prósperos para la monarquía española y que han inmortalizado los augustos nombres de Isabel I y Fernando V. Tócales tambien la gloria de haber dictado muy sabias leyes, enderezadas en gran parte á domesticar la altanería de los magnates. Con esmerada solicitud buscaron el mérito en todas las clases del Estado; temióles la nobleza, acatóles el sacerdocio, bendijoles el pueblo; y las generaciones son eco uniforme que les vá ensalzando á su breve tránsito por el mundo. No quiso Dios coronar la ventura de España, permitiendo que á tan inclitos reyes se les lograsen hijos varones, y así tras la muerte de Fernando V, acaecida á principios de 1516, ornó las sienes de un extranjero la espléndida corona española recién entretejida con las de Castilla, Aragon, Navarra, Granada y las de un estensísimo hemisferio que habia visto brotar delante de sus frágiles carabelas y del seno de las revueltas olas un intrépido genovés, tenido por las personas entendidas en opinion de demente.

Mientras Carlos de Gante, nieto de tan celeberrimos reyes y mozo de diez y seis años, venia á tomar posesion de tan rica herencia, gobernó en su nombre un varon insigne, que salido de una pobre celda y sin descender de renombrada progenie cubria el sayal franciscano como el hábito cardenalicio. Cuando se ponía á la cabeza de armada bues-te caian á sus pies almenados muros: su voluntad era ley para los mas altivos ricos hombres: vivo modelo de que la constancia vence imposibles. Despues de haber vivido oscuro durante el largo espacio de sesenta años, mandaba á lo soberano cuando ya frisaba con los ochenta y uno. Vanamente se le insolentaron los próceres fiados en que la vejez habria agotado su fortaleza: túvolos á raya, y aunque no le fué dado armar al pueblo como auxiliar del trono contra los nobles, siempre turbulentos y tan recelosos de la estension del poder real como de las franquicias populares, le cupo la fortuna de tener el pais tranquilo al tiempo

de pisarlo su legítimo rey por setiembre de 1517. Así el cardenal Jimenez de Cisneros cierra magníficamente el gran periodo histórico de Isabel I y de Fernando V. Otro nuevo se abre con el reinado de Carlos de Gante, opulento en laureles, y exíguo de venturas para los españoles. Aquel afortunado jóven coronado esquivó cuanto pudo la audiencia que le pedia el cardenal Cisneros, á quien los años, los achaques y los cuidados tenian ya casi hundido en el sepulcro; y cuando al fin se la otorgó, lo hizo de tal manera que la severa critica no puede menos de condenarle, por haber desacatado á un mismo tiempo la ancianidad, la virtud y el buen consejo. Despues de leer el ilustre cardenal la carta en que le indicaba Carlos de Gante que le oiria una vez sola, para que luego se fuese á su diócesis de Toledo á pedir al cielo el galardón de sus trabajos, vivió muy pocas horas: el veneno de la ingratitud del que se llamaba rey porque el vigoroso franciscano supo domar la resistencia de los poderosos y autorizados personajes que se negaban á prestarle juramento interin viviese su madre doña Juana, denominada la Loca, puso límite á aquella gloriosa existencia de que todavia se envanece España.

Al gobierno paternal é ilustrado de los reyes Católicos y del metropolitano de Toledo, sucedió la arbitrariedad de los flamencos, que acaudillados por Xebres, rodeaban á don Carlos y caian sobre los españoles como una bandada de buitres. No respetaban la propiedad, monopolizaban todas las mercedes, vendian todas las dignidades, trataban á los españoles como esclavos; y aunque los reunían en córtes en Valladolid, en Zaragoza, y en Barcelona, era solo para exigirles el juramento de fidelidad, y obligarles á nuevos tributos, y empeñarles promesas sin propósito de cumplirlas. En suma, pasearon al monarca por el reino, y abusando de la lealtad española, acumularon tesoros á orillas del mar y llenaron con ellos naves sin cuento que se los transportaron á tierras lejanas.

Mientras sufrían tales desmanes hombres acostumbrados á lidiar y á vencer y á detestar el yugo extranjero, era aclamado don Carlos emperador de Alemania, y resolvía juntar córtes en Santiago para estrujar las fortunas privadas, á fuerza de exacciones. Con súplicas reverentes intentaron impedir las ciudades la realizacion de este designio: no alcanzando mas que desaires y menosprecios, dieron sus instrucciones á los diputados para que no otorgasen nuevos tributos: mas ya juntas las córtes en Santiago, y continuadas despues en la Coruña, destemplaron la corrupcion y el soborno el noble propósito de bastantes procuradores, y el servicio extraordinario fué otorgado, y el monarca zarpó de la Coruña con sus flamencos, dejando desabridos y justamente indignados á los castellanos.

Todos respiraban iras: los sacerdotes porque veían las dignidades y rentas eclesiásticas distribuidas entre los extranjeros, y la mitra toledana trasladada de la venerable y cana frente de un Cisneros á la cabeza de un mancebo imberbe sin otro merecimiento que el de ser sobrino de Xebres, ayo de don Carlos: los nobles porque estaban desatendidos en sus mas justas peticiones, y porque necesitando el reino gobernadores en ausencia del príncipe, se les habia escluido de este cargo, nombrándose para que lo desempeñara al cardenal Adriano, hombre instruido y virtuoso; pero de extranjero pais y de poca aptitud para el mando; las ciudades porque no tenían costumbre de cru-

(1) Este artículo se ha escrito por su autor el señor don Antonio Ferrer del Rio, con destino á la ENCICLOPEDIA MODERNA ESPAÑOLA, que estamos publicand con tan brillante éxito; al insertarlo en el MUSEO nos proponemos el doble objeto de presentar una muestra de los trabajos de la ENCICLOPEDIA, para que juzguen nuestros lectores de la importancia de esta obra; y llamar su atencion al propio tiempo acerca del libro que bajo el mismo titulo publicó hace un año el autor, donde se encuentra admirablemente trazado este interesante periodo de nuestra historia.

zarse de brazos y de padecer en silencio los ultrajes hechos á su amada independencia; y ciudades, nobles y sacerdotes, porque pagando con ciego vasallaje al que los habia tratado como tierra de conquista, hubieran renegado con un solo día de la enseñanza adquirida en la tradicion y en la historia de su patria.

Muy á los principios de la venida de don Carlos se advirtieron síntomas de descontento; acrecentáronse á la muerte del cardenal toledano, en términos que menos concurrido estuvo el palacio del monarca, que el estrado donde fué espuesto al público el cadáver del eminente prelado con las vestiduras pontificales. Al celebrarle las exequias en Alcalá de Henares, sonó la primera voz de levantamiento por boca del predicador que hizo el panegirico del difunto, esmerándose en citar sus virtudes, y los vicios y corrupcion de los validos del nuevo soberano. Eco tuvo en los púlpitos esta especie de grito: hondo resonó en el corazon de los habitantes de las ciudades: bajo cuerda atizaron el fuego los antiguos moradores de los castillos, y se hubiera necesitado cerrar los ojos á la luz del día, para no vaticinar evidentemente un próximo y universal levantamiento á la hora en que los privados del monarca le daban prisa para hacerse á la vela, sin otro interés que el de acabar de poner en cobro el abundante fruto de sus rapiñas.

No bien partió don Carlos, se puso en marcha hacia Valladolid el gobernador Adriano juntamente con los del consejo; y á medio camino les llegó la noticia de estar en armas algunas ciudades. El foco de la agitacion popular existia en los ayuntamientos: la ocasion inmediata de que estallase iracunda, fué la de presentarse los diputados de vuelta de las cortes; y en el espíritu que la animaba se descubria claramente la saña de haber sido tratados con vilipendio, y el afan de que volvieran las cosas al ser y estado que tenian en los felices tiempos de Isabel y Fernando. En breve se repitieron con entusiasmo de ciudad en ciudad, los nombres de varios caudillos populares. Padilla venció en Toledo la parcialidad de los nobles con escasisima efusion de sangre: Bravo capitaneó el movimiento en Segovia, donde murieron ahorcados dos alguaciles y arrastrado el bachiller Rodrigo de Tordesillas, que habia votado en la Coruña el nuevo tributo: el obispo don Antonio Acuña encendió el corage de los de Zamora, y aunque por breves dias obtuvo el conde de Alba de Liste reprimir el alboroto y espulsar de la ciudad al prelado, éste valiéndose del ascendiente y de la riqueza que tenia en su diócesis allegó gente, se presentó delante de Zamora, y de alli salieron sus moradores para volverle á su silla episcopal en triunfo. Juan Zapata y el licenciado Castillo fueron alma de la lucha sostenida por largos dias en Madrid, hasta que se apoderaron del alcázar los populares. Tan de corrido iban las alteraciones, que habiéndose embarcado el rey despues de mediar mayo, y yendo poco adelantado junio, ya se murmuraba en el reino de la apatia de los burgaleses: ofendidos estos de que se pusiese en duda su denuedo, empezaron por deponer al corregidor y por trasmitir la vara á don Diego Osorio, hermano del obispo Acuña: armados de picos y teas igualaron con el suelo las casas de varias personas á quienes por causas diferentes miraban de reojo, y aun se ensangrentaron con el asesinato del asentista Jofre, francés acaudalado á quien habian visto venir de su país sin hacienda alguna.

Observando el gobernador y el consejo lo grave de la revuelta, ventilaron en junta si convendria apelar á medios conciliatorios, ó sujetar á las ciudades por fuerza de armas: voces hubo que abogaron por el primer extremo cueradamente: las mas se arrimaron al segundo con grande anhelo de que su autoridad se respetase, al par que sin la mas leve probabilidad de conseguirlo. Para poner en planta el pensamiento, quisieron reunir gente, y solo llegaron á contar mil hombres: por gefe, designaron al alcalde Ronquillo; y como término de su jornada le señalaron la posesion de Segovia. Mil hombres, eran mucho parapeto para justicia y poco para guerra. Segovia era una poblacion bien murada y abastecida, y poblada de artesanos incorporados en masa al movimiento; y cuando no tuvieran otro interés en impedir la entrada á la hueste que se les enviaba en contra, bastábales que la acaudillase Ronquillo para morir todos antes de ver dentro de sus muros á aquel ferroz alcalde que no conocia otro método de prueba que el tormento, ni mas fórmula de sentencia que la del último suplicio. En Santa María de Nieva asentó sus reales: algun día se adelantó á Zamarramala, echó pregones, fulminó amenazas, aborció á algunos que llevaban á la ciudad provisiones; hizo lo mismo con otros á quienes prendió en varias escaramuzas, y por último, desbandada su hueste al llegar á los segovianos no escasos socorros de Madrid y Toledo, huyó Ronquillo á uña de caballo, sin parar hasta Arévalo su patria.

Al rumor del peligro que amenazaba á Segovia, dieron la cara en favor del levantamiento, otras ciudades como Salamanca, Leon y Murcia, cuyos nombres sonaron al par de los de Guadalajara, Avila y Cuenca, dominadas tambien por los populares. Desalentados el gobernador y los del consejo, fiaron á Fonseca, hermano del prelado de Burgos, y á Ronquillo, la empresa de apoderarse de la artilleria guardada en Medina del Campo. Y necesitaban intentarlo á viva fuerza, porque los medinenses habian declarado ya en tono muy resuelto, que tratándose de avasallar á sus hermanos de Segovia, primero rendirian ellos las vidas que las armas. Un día del mes de agosto amanecieron Fonseca y Ronquillo sobre Medina del Campo con ochocientas lanzas y quinientos peones: en inútiles tratos se pasó la mañana, y en recio batallar la tarde: cansados Fonseca y Ronquillo de perder gente y de no adelantar un paso, apelaron al inicuo ardor de prender fuego á una poblacion tan renombrada por sus ferias, y donde habia de consiguiente grandes depósitos de sedas, brocados, tapiceria y joyas. Sugerales tamaña atrocidad la esperanza de que aquellos naturales aflojarian en la lucha por salvar la hacienda; pero les salió fallida del todo, y nada mas lograron del criminal designio que el padron de infamia, que todavia mancha su nombre. A pavesa quedaron reducidas novecientas casas: no quedó á muchos de aquellos esforzados habitantes ni un mezquino lecho donde reposar de sus fatigas: dispersos ó en grupos, y cargados de pingüe botín se alejaron de aquellos débiles muros los de Fonseca y Ronquillo; pero no llevaron artilleria con que atacar á Segovia, y laureles inmarcesibles crecieron sobre los escombros y entre las llamas de Medina. Consecuencias inmediatas de este suceso fueron la emigracion de Fonseca y Ronquillo á Flandes, el levantamiento de Valladolid, mansion del gobernador y los del consejo, y la presencia de un ejército de populares en

el corazón de Castilla la Vieja, capitaneados por el toledano Juan de Padilla.

A voz de comunidad se habían alzado las ciudades castellanas alentadas por los clérigos seculares y regulares: á voz de comunidad empuñaban las armas y no contra la nobleza, como en los días en que don Fernando IV y don Alfonso XI eran menores bajo la tutela de la ilustre doña María de Molina contrariada por los poderosos. Bien considerado, el grito de las comunidades sonaba como un grito nacional durante la primavera y el verano de 1520. A fines de julio, y poco antes del incendio de Medina del Campo, se reunieron en Avila por insinuación de Toledo, y con aquiescencia de las demás ciudades, los procuradores de todas ellas en junta, que denominaron Santa. Don Pedro Laso de la Vega fué aclamado presidente: nobles de la alcurnia de los Fajardos, de los Montoyas y de los Ayalas: priores de órdenes religiosas, deanes, canónigos y abades; doctores versados en las leyes; freneros de Valladolid, lanceros madrileños y pelaires avileses representaban en aquella junta á todas las clases del estado. Ante todo se proclamaron sus individuos, única autoridad del reino, y declararon caducada como ilegítima é impopular la del cardenal Adriano y á de los consejeros reales: despues nombraron caudillo de la hueste á Juan de Padilla; seguidamente procuraron y consiguieron ser admitidos en Tordesillas por la reina doña Juana, la cual, por permission de la Providencia, se mostró algunos días exenta de los estravíos mentales que la atormentaban desde la muerte de su augusta madre doña Isabel I; y doliéndose de las desventuras de Castilla se prestó á remediarlas de la manera que la aconsejasen los que la sorprendían pintándose las con vivísimos y muy tristes colores. Sin levantar mano encargaron á Padilla que fuese á Valladolid y se apoderase de los del consejo: algunos de sus individuos se pusieron en salvo á merced de disfraces: otros menos afortunados fueron conducidos en carretas á Tordesillas; la persona del cardenal Adriano fue respetada, si bien no se le permitió salir de Valladolid ni ejercer dentro mando alguno. Grandemente erró Padilla en no hacerse dueño al paso del importante punto de Simancas, donde posó tranquilamente para oír misa en union de Juan Bravo, por mas que entonces no se echase de ver el fatal yerro, acariciada como estaba la bandera de las comunidades por el viento de la próspera fortuna.

Hasta aquí la justa causa de las ciudades castellanas; apenas habia encontrado tropiezos: veiasela resplandecer en todo su auge por haber dispersado el ejército de los imperiales en Medina del Campo, el consejo real en Valladolid, los vergonzantes ó amedrentados parciales del gobernador Adriano en todas partes; y mas que nada por haberse colocado muy oportunamente á la sombra de la que hubiera sido digna imitadora de las virtudes de su madre en el trono, que la correspondia de derecho. á no tener el juicio trastornado. En fin, las comunidades de Castilla prosperaron hasta conseguir la victoria; y su declinación lamentable empezó cabalmente cuando les correspondía afianzarla. Careciendo de un gefe de las cualidades de Cisneros ó de un Hernán Cortés para dominar las rivalidades que cunden y se hostilizan cuando se logra un triunfo, y la causa comun se pospone á los intereses particulares, la Santa Junta se puso á debatir cuestiones en la hora en que convenia dictar providencias para asegurar el orden

en las ciudades, afligidas bajo la dominación de gentes de baja estofa y de intención aviesa, que aprovechándose de estar ausentes las personas de valer de su bando en el ejército ó en la junta, atropellaban á los indecisos y perseguían de muerte á los adversarios.

No tuvo la Santa Junta arranque para gobernar de lleno desde que vió á la reina doña Juana sumida nuevamente en su melancólica locura: ni le ocurrió manera de traer de Alemania al infante don Fernando, segundo hijo de aquella malaventurada princesa, nacido y criado en Castilla para que regentase el país en representación de su madre; ni osó lanzarse á ninguna medida que rayase á la altura de la gran justicia y prodigiosa ventura del levantamiento. Solamente produjo con sus repetidas sesiones un memorial de agravios al monarca en el que se le proponían los remedios oportunos. Lo sustancial de aquel documento estribaba en pedir la pronta vuelta del rey, el nombramiento de gobernadores castellanos, la exclusion de los extranjeros para todos los oficios y dignidades, una visita periódica á las audiencias y chancillerías, la prohibición de extraer del reino plata y oro, de que tomarán los jueces parte alguna de los bienes confiscados en virtud de sus sentencias, de que donase el rey bienes ó dinero que no hubiese visto, de que se concediesen en expectativa oficios ó dignidades, de que residieran fuera de su diócesis los prelados, de que se vendieran los cargos por dinero, de que los que desempeñaran oficios de ayuntamiento llevarán acostamiento de señores, de que los próceres se eximieran de pechar como los demás vasallos. Estas y otras demandas dirigidas á impedir que la decadencia de los magnates fuera un mero tránsito á la tiranía del trono, formaron un memorial, que debían poner en manos de don Carlos dos individuos de la Junta. Fray Pablo de Villegas, prior de los dominicos de Leon, fué uno de ellos; y á no haber huido con su compañero de una población de Flandes, paráran ambos en un castillo segun el mandamiento espedido por el rey así que tuvo lenguas de la embajada. Y candorosamente suspensa del éxito de ella la Santa Junta, ni aun se aventuró á trasladar á la reina doña Juana á Valladolid ó á Toledo, como ciudades mas seguras que el pueblo de Tordesillas. Y cuando averiguaron que los embajadores habian debido la salvación á la fuga, ya tenían delante obstáculos difíciles de allanar para que no quedasen marchitos los laureles de las comunidades que iban poniéndose lácidos de día en día.

Porque apremiados los cortesanos de Flandes con una carta del gobernador y el consejo, escrita desde Valladolid en setiembre, donde se retrataba fielmente la situación del reino en el que no habia quien blandiese una lanza en pró de don Carlos, tuvieron la oportuna inspiración de aconsejarle que agregase al cardenal Adriano otros dos gobernadores que figurasen entre los grandes de Castilla; y vinieron nombrados en su consecuencia, el almirante don Fadrique, y el condestable don Iñigo Fernandez de Velasco: ambos de grande autoridad, de suma riqueza y de eminentes servicios: agraviado el primero de los desmanes de los flamencos se habia quedado meses antes en Cataluña: desahuido el segundo por causas idénticas se apartó de la corte en Galicia. El primero era de carácter conciliador y amigo del pueblo: el segundo osado y ambicioso: así aquel en la imposibilidad de conseguir que se amistáran los áni-

mos castellanos, se mantuvo quieto en sus posesiones de Cervera: y éste anhelante de hacer figura se complació en adular al levantamiento de Burgos, y en domar la fiereza de los que lo habían sustentado.

Tan luego como se hizo pública la elección de los dos nuevos gobernadores varió completamente el aspecto de las cosas: los nobles que en un principio atizaron ó consintieron, ó toleraron el levantamiento de las ciudades, ó nada quisieron obrar en contra, amilanados despues en vista de las grandes proporciones que tomaba, empezaron

ahora á cobrar bríos y á juntarse con sus haces en Medina de Rioseco, donde tenia su casa solariega el almirante. Y entre los populares, intimamente unidos hasta entonces, y fuertes de ánimo y con propósito de no decaer de constancia en lo mas recio de los peligros, se manifestaban los horribles choques de la envidia, los primeros síntomas del miedo, y los mas visibles presagios de la discordia.

(La conclusion en el número inmediato.)

A. F. DEL RIO.

ESTUDIOS DE HISTORIA NATURAL.

LA LANGOSTA

Ó CRIQUETO VIAGERO.

Hacia cinco dias que viajaba con todo el rigor del sol por las ardientes arenas de Africa, y ya el cansancio me fatigaba el alma, pues es preciso nacer bajo este cielo inflamado para soportar sus rigores. Mi escasa provision de arroz y dátiles comenzaba tambien á disminuir de una manera espantosa, y nos quedaban todavia tres dias de camino para llegar á Sokna, ciudad limitrofe situada en las fronteras de los estados de Trípoli, al Norte de los del Fezzan, al Mediodia, y tambien en un precioso valle situado al Este del Sahara ó Gran Desierto. El genizaro que me acompañaba en calidad de protector, de guia, de criado, por valor de una piastra diaria conoció mi sobresalto y adivinó la causa.

—Buen Ramirez, me dijo en mal español, tranquilízate por lo que respecta á nuestras provisiones, pues dentro de una hora llegaremos á la puerta de un rico santón, cuyo mas grande placer consiste en ejercer la hospitalidad y tratar bien á los estrangeros. Allí no nos faltará el lakbi ni las provisiones de boca. En cuanto á mí puedo asegurarte que no tengo la mas leve inquietud.

Y para probarme su tranquilidad sumergió la mano en su pequeño zurrón de cuero donde estaban nuestros víveres, y sacó el último puñado de dátiles que nos quedaba y se puso á comerlos dos á dos con la mayor impasibilidad.

La conducta del genizaro, lejos de calmar mi inquietud la aumentó mucho mas; pero en mi cualidad de *rumi*, palabra que podría traducirse por la de *europeo aborrecido*, yo debía conducirme con prudencia, porque me hallaba, por decirlo así, bajo la dependencia del genizaro, y juzgué lo mas á propósito no decirle una palabra.

Sin embargo, no me habia engañado, porque despues de una hora de marcha nos encontramos á la puerta de la habitacion de Ali-ben-Bekir, santón célebre en todo el pais por su santidad y su hospitalidad. Con efecto, desde el momento que nos distinguió salió de su morada, se adelantó hácia nosotros, y despues de haber hablado un instante en árabe con mi genizaro me convidó cortesmente á penetrar en su casa.

Omito decir la manera con que fui acogido y tratado; no haré la descripción de la espléndida comida que me dió á la hora de *lassou* (las cuatro de la tarde), pero referiré un hecho que iba á tener para mí las consecuencias mas desagradables. Despues del cucuso y el carnero acomodado á la salsa de buey, se sirvieron dos platos que yo no habia visto jamás; el uno era un asado que yo tomé por una costilla de borrego, y el otro una fritura que pensé que era una especie de legumbre desconocida para mí: el todo iba acompañado de un género de pasta rojiza que encontré muy buena, lo mismo que lo demás. Poco despues se nos sirvió la misma legumbre en ensalada cocida con vinagre. De esta manera habia conservado bastante bien su forma, y tomé un pedazo entero; le examiné con detencion; mi estómago se estremeció, la palidez se asomó á mi rostro, latió mi corazón y un sudor frio corrió por toda mi frente. Acababa de reconocer en aquella supuesta legumbre, patas, alas, trompas y una cabeza provista de fuertes mandíbulas; era una cigarra, una langosta. El frito, la ensalada y la pasta eran manjares compuestos de langostas cocidas, fritas ó desecadas y convertidas en alimento segun el uso de este pueblo bárbaro. Mi huésped conoció el horrible disgusto que me inspiraban estos manjares cuando hube conocido su naturalaleza.

—¿No te gustan tal vez las langostas? me dijo, pues toma una costilla de perro; y me mostró aquel excelente asado del cual me habia ya comido las tres cuartas partes.

A estas palabras me levanté y me fui al jardín, donde hubiera muerto probablemente de una indigestion sino hubiera llenado mi estómago de agua caliente. Partí á la mañana siguiente bien determinado á rehusar en lo venidero la hospitalidad árabe.

Réstame ahora dar parte de lo que supe acerca de la langosta, de la cual los árabes, los tártaros, y los egipcios, y todos los pueblos de Berberia hacen un comercio considerable como de una excelente sustancia alimenticia que conservan disecada ó en salmuera, y con la cual inundan todos los mercados del Norte de Africa. Muchas especies pertenecen al género criqueto; pero la preferida entre estas gentes es la del CRIQUETO DE PASO Ó VIGERO (*acrydium migratorium*, LAT). Es uno de los insectos mas grandes; es verde ó pardo; sus piernas posteriores, son mas grandes que su cuerpo; la parte superior de las alas es rojiza con manchas

negras; tiene una cabeza aguda, negruzca, cortada por una línea sobre el corselete, y este tiene á cada lado debajo de los ojos otra mancha negruzca; sus mandíbulas son del mismo color en la parte exterior. Algunas veces he encontrado yo este insecto en las cercanías de Sevilla, pero es aquí mas pequeño, ó infinitamente menos comun que en Africa.

Los criticos difieren respecto á los otros géneros inmediatos, por su cabeza ovoidal y sus antenas filiformes ó terminadas en boton; por su abdómen no vesiculoso, y por sus piernas posteriores mas dilatadas que su cuerpo. Sus caracteres genéricos son antenas entre los ojos, aproximadas, á menudo cilíndricas; una pelota en el estremó de los tarsos; alas con frecuencia agradablemente coloreadas de rojo ú azul; corselete algunas veces provisto de apéndices.

Varias especies llamadas por los viajeros *cigarras ó langostas de paso*, y mencionadas muchas veces en la Escritura como un rayo del cielo, se reunen en bandadas, cuyo número es superior á todo cálculo humano. Se elevan en los aires en forma de nubes bastante grandes para oscurecer los rayos del sol, y emigran de este modo, y emprenden viajes de muchos centenares de leguas. Devastan todos los países por donde pasan, y en todas partes donde se detienen, la mas risueña campiña se convierte en un momento en un desierto horroroso y estéril, no quedando la menor apariencia de verdor; y la espantosa cantidad de sus cadáveres, de los cuales cubren la tierra, puede ademas lanzar en el aire el germen de enfermedades pestilenciales.

Sus devastaciones se verifican regularmente en Rusia, en Polonia, en Hungría. Se estienden algunas veces hasta penetrar en el corazon de España, especialmente en An-

dalucía, y recuerdo haber presenciado un terrible ejemplo de esto en mi juventud.

Hallábame en 1836 en las inmediaciones de Villaverde en Andalucía. En los primeros dias de julio se vió de repente una nube de langostas que atravesaron varias campiñas y praderas y vinieron á caer sobre unas viñas, y en muy pocas horas no dejaron ni una hoja: se lanzaron despues en las huertas, y luego en las mieses de los cultivadores donde devoraron hasta el pan.

Los habitantes se asustaron de tal modo al presenciar los estragos que hacian estos insectos, que despues de haber empleado inútilmente todos los medios humanos para destruirlos, recurrieron á la rogativa, á las procesiones y al exorcismo; pero el mal no se disminuyó por eso, y no bien habia pasado una nube de estos animales, cuando al punto llegaba otra que despojaba enteramente la campiña. Por último, sobrevino una lluvia fria que las hizo perecer, y para que el aire no se infestase con sus cadáveres, se reunieron estos insectos y se les prendió fuego. Cuatro meses despues de su desaparicion se encontró pegado á las ramas espinosas de un zarzal un monton disecado mas grande que el cuerpo de un niño.

Es raro que todas perteneciesen á un género pues tenían las alas inferiores rojas, y esta especie no es la mas comun que hay en este país. ¿De donde procedian? Se buscaron sus huevos para quemarlos, pero se hallaron muy pocos, y estaban aglomerados de la manera que los presentamos en el adjunto grabado, y colocados en la tierra á una corta profundidad. Al año siguiente no se vieron mas que las de costumbre.

B.***



La langosta.